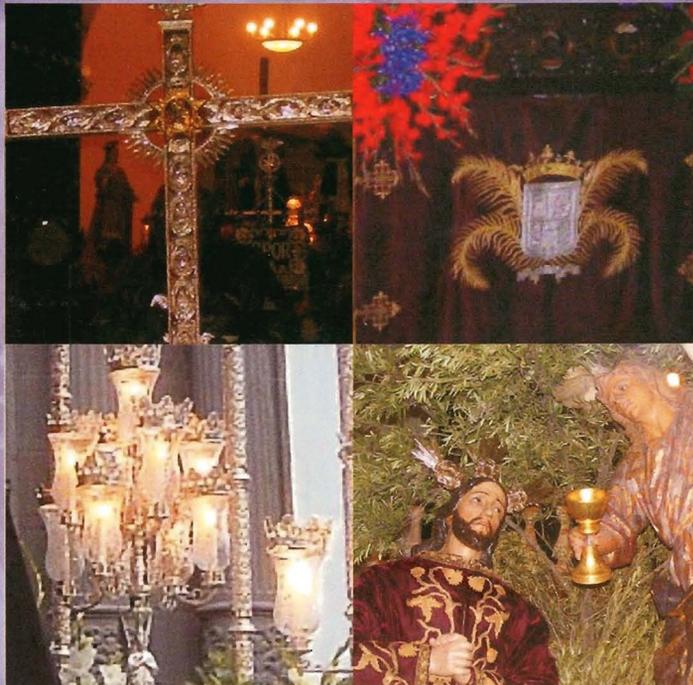


SEMANA SANTA

JOSÉ MIGUEL
ALZOLA
(Ed.)



JUAN JOSÉ
LAFORET
(Ed.)

Las Palmas de Gran Canaria
textos e imágenes.



José Miguel Alzola

Licenciado en Derecho, ha desempeñado durante tres lustros la Consejería Provincial de Bellas Artes de Las Palmas y la presidencia de El Museo Canario, es correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando; de la Sevillana de Buenas Letras y de la de Santa Isabel de Hungría de la misma ciudad; miembro del Instituto de Estudios Canarios de La Laguna; de la Real Academia de Córdoba; de la de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife y de otras instituciones culturales.

Es PREMIO CANARIAS 1999, modalidad de Patrimonio Histórico. El Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria y el Cabildo de Gran Canaria le han distinguido con los nombramientos de Hijo Predilecto de la ciudad y de la isla. Está en posesión de diversas condecoraciones y distinciones culturales y civiles.

Entre su extensa bibliografía, relacionada en gran parte con la historia, las tradiciones y el arte en Gran Canaria, resaltan también sus trabajos dedicados al tema de la Semana Santa y las manifestaciones de religiosidad popular en la isla. Entre ellas "La Semana Santa en Las Palmas" (1989), "La Real Cofradía del Santísimo Cristo del Buen Fin y la Ermita del Espíritu Santo" (1992), "La Virgen de La Soledad de La Portería, historia y leyendas" (1995) ó "Florilegio de milagros apócrifos" (1995).

SEMANA SANTA

Las Palmas de Gran Canaria
textos e imágenes.

JOSÉ MIGUEL ALZOLA
JUAN JOSÉ LAFORET
(Eds.)



Ayuntamiento
de Las Palmas
de Gran Canaria

© De los textos: sus autores o herederos.
© De las fotografías:
Fototeca de El Museo Canario;
Archivo fotográfico FEDAC;
Colecciones Particulares.
© De la edición: Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

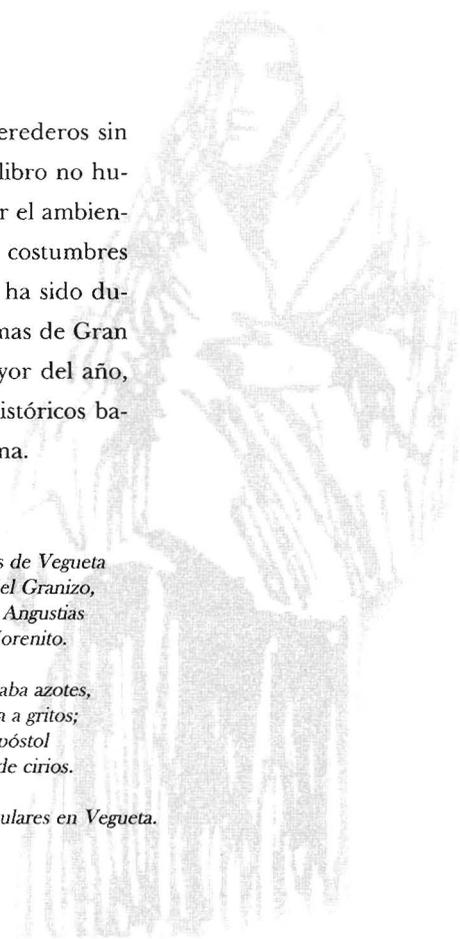
Depósito Legal: G. C. 252 - 2008.
Impresión: Gráficas Tegrarte, s.l. - Telde - Gran Canaria.

A los autores y a sus herederos sin cuya presencia en este libro no hubiera sido posible captar el ambiente, los sentimientos, las costumbres y tradiciones de la que ha sido durante siglos en Las Palmas de Gran Canaria la Semana Mayor del año, especialmente en sus históricos barrios de Vegueta y Triana.

*Por las calles de Vegueta
sube el Cristo del Granizo,
la Virgen de las Angustias
y San Juan el Morenito.*

*El Señor sudaba azotes,
la Virgen lloraba a gritos;
y los ojos del Apóstol
tenían temblor de cirios.*

Antiguas coplas populares en Vegueta.





La procesión del Santo Entierro, a principios del s. XX, entrando en Triana a la altura del cruce con la subida de San Pedro. En primer término el Santo Sepulcro escoltado por la Guardia de Civil de gran gala y numerosas señoras con la tradicional mantilla blanca.

PRÓLOGO

Las Palmas de Gran Canaria instituyó, desde casi los tiempos de su fundación y a lo largo de sus cinco siglos de existencia, muy diversas ceremonias y festividades que, con el paso de los siglos, no sólo conllevaron la configuración de tradiciones, costumbres y usos propios y peculiares; sino que contribuyeron a definir, en buena medida, la idiosincrasia de sus vecinos, a la vez que solemnizaban y enriquecían la imagen de la ciudad ante sus propios habitantes y fuera de las fronteras de la isla.

Entre las primeras disposiciones legales dadas para la administración y regulación jurídica de la vida pública e institucional de la isla en el siglo XVI, y recogidas en el denominado «Libro Rojo de Gran Canaria», ya se hablaba también de usos y costumbres en la organización de ceremonias, cultos y procesiones y en qué orden debían asistir a ellas los regidores.

En 1789, el sacerdote Francisco Martínez de Fuentes, en su estudio de los «Usos, costumbres y fiestas de Gran Canaria en el siglo XVIII», deja evidencia de este ceremonial, al señalar como la ciudad «presentaba entonces varias distracciones honestas con motivo de los preparativos para la celebración de las Fiestas Reales por la coronación del nuevo Rey de España Carlos IV. «En todas partes y todos los gremios de la Ciudad se trabajaba por la decoración de las calles».

El inolvidable cronista de esta capital en el siglo XIX, Domingo J. Navarro, en sus «Recuerdos de un noventón», también resalta como, pese a los problemas urbanos de todo tipo que tuviese la población, sus moradores «...gozaban con pacífica beatitud las distracciones que les proporcionaban algunas fiestas anuales. Divertíanse en Navidad (...), Regocijábanse en Carnaval (...) Extasiábanse en Semana Santa (...) Tampoco se olvidaban de rondar las calles el primer día de mayo para galantear y obsequiar a las jóvenes más graciosas (...) Por último rebosaban de alegría en toda la octava del Corpus...».

Ceremonias y festejos de las que unas perduraron en el tiempo, otras se transformaron o se enriquecieron y algunas desaparecieron para siempre.

Son dignas de recordar las Fiestas del Rosario en Santo Domingo, las Fiestas de La Naval, la de La Catumba en San Telmo, las de San Pedro Mártir, o la Festividad de Santa Ana, Patrona de la ciudad, a las que en la actualidad se suman los brillantes y sonados festejos que se han ido instituyendo en la mayoría de los nuevos barrios capitalinos, algunos de los cuales ya gozan de una consolidada tradición.

De todas estas manifestaciones podemos extraer que «la fiesta en sus diferentes aspectos –lúdica ó luctuosa, regia o religiosa, urbana o popular-, se ha revelado como una poderosa fuente de información de hechos de cultura».

Entre todas estas festividades a nadie se le oculta la importancia de las celebraciones de la Semana Santa, esa que nuestros antepasados no dudaban en denominar como la semana mayor del año.

Desde los primeros tiempos de nuestra ciudad, el centro histórico de la misma fue escenario de estas manifestaciones de religiosidad popular que, con el paso de los siglos, la evolución de los estilos artísticos, las modas y los usos cotidianos, fueron cambiando y asentándose en el acervo de las tradiciones populares más arraigadas. Se las puede juzgar de variopintas y múltiples, pues estas expresiones, junto al hecho estrictamente religioso, compendian una complejidad amplia de usos, costumbres, ritos, códigos artísticos, relaciones institucionales y sociales, expresiones artísticas, literarias y musicales, todo interaccionado en el seno de una cultura simbólica que ha incidido en la historia y en las tradiciones de Las Palmas de Gran Canaria.

Con el fin de contribuir a acercarnos un poco más a ese ambiente que rodeó siempre a la Semana Santa en Vegueta y Triana, y del que son herederas las actuales celebraciones, dos escritores, historiadores e investigadores sobradamente conocidos ya en nuestra capital, como son José Miguel Alzola y Juan José Laforet, proponen un acercamiento al mismo a través de textos e imágenes de muy diversas épocas. Textos suyos y extractados de diversos autores, como Cairasco de Figueroa, Romero y Ceballos, Tomás Morales, Alonso Quesada, Josefina de la Torre, Luis Doreste Silva, Chona Madera, Luis García de Vegueta ó José María Millares, entre otros muchos, que, en su conjunto, recogen el sentir de unas vivencias que fueron transmitidas generación tras generación en el seno de la gran mayoría de las familias de esta ciudad.

Fotografías del siglo XIX y XX , algunas enormemente curiosas, que no sólo recogen el valor artístico que tienen muchas de las imágenes que procesionan cada año por nuestras calles, sino que resaltan el ambiente popular que se daba en torno a ellas en distintas fechas. Fotografías provenientes de colecciones como las del Museo Canario o del Archivo Fotográfico de la FEDAC, así como de colecciones privadas, algunas incluso surgidas de las que muchas personas tomaron en su día para uso particular y ahora alcanzan verdadero valor como testimonio histórico.

Con el reconocimiento a cuantos autores se citan en esta obra, como a quienes realizaron las fotos publicadas, la mayoría de ellos autores anónimos, es también deseo del Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, a través de su Concejalía de Cultura, poder contribuir con este libro a que todos los vecinos puedan conocer hoy un poco mejor la historia y el significado de uno de los capítulos más señalados de las tradiciones y solemnidades de esta capital, como fueron siempre las celebraciones públicas de la Semana Santa.

Jerónimo Saavedra Acevedo
Alcalde de Las Palmas de Gran Canaria

INTRODUCCIÓN

«Semana Santa isleña de inefable memoria: traje nuevo bordado, zapatos de charol...Ruidosos triquitraques del Sábado de Gloria: humo de sahumero, algarabía y sol». Con estos pocos, pero hermosos y elocuentísimos versos, verdaderos espejos de un tiempo y un acontecer, plenos de los sentimientos más íntimos de tradición, de devoción, de luminosas mañanas procesionales, que colmaron y colman la memoria de muchísimas generaciones de grancanarios, describía la «Semana Santa isleña» la admirada poetisa y escritora Josefina de la Torre, vinculada a la Generación de 1927 .

Pasados los carnavales, en los largos cuarenta días de la Cuaresma, el ambiente de la ciudad, muy en especial en los barrios procesionales de Vegueta y Triana, el ambiente se impregnaba poco a poco de una incipiente inquietud, de un ánimo muy especial por la cercanía de la que nuestros antepasados denominaban como «Semana Mayor isleña» o «Semana Mayor del año», para la que debían las familias prepararse para asistir, tan correctamente dispuestos en lo espiritual, pero también en lo material, como mandaban los cánones tradicionales, a los diversos actos solemnes que llenaban todos los días de aquella semana, o acudir a las casas de familiares y amigos desde las que se podía disfrutar del paso de las procesiones y eran obsequiados con dulces y refrescos, propios de una singular gastronomía y repostería que afloraba en esos días del año, marcados por el ayuno y la abstinencia, como nos recuerda Domingo J. Navarro.

Todo eclosionaba el Domingo de Ramos cuando muchísimas personas, luciendo galas y vestidos de estreno, al igual que el Jueves Santo para realizar la ronda de visitas a los «monumentos» en la catedral y en las diversas parroquias, quizá por lo que decía aquel antiguo refrán de que «quién no estrena en Domingo de Ramos, se le caen las manos», se agolpaban en San Telmo, ante la antigua «ermita de los mareantes», hoy Parroquia de San Bernardo, ya desde los primeros años del siglo XX, para contemplar la salida, entre cientos de palmitos, muchos bellamente trabajados, del «Señor en la Burrita». Por la tarde noche le tocaba su turno, desde la parroquia de Santo Domingo, en Vegueta, al «Señor Predicador», aunque en los años ochenta del siglo XX comenzó a procesionar desde este mismo templo, desde 1982 con la Virgen y desde 1985 con el Nazareno, la Real Cofradía y Hermandad de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y

María de la Esperanza de Vegueta, que con sus pasos a hombros de costaleros y sus cofrades de túnicas moradas y verdes se han ganado un puesto destacado en la Semana Santa grancanaria.

En la actualidad el Lunes y el Martes santos no hay procesiones, debido a que al final de la década de los años setenta del siglo XX, dado el bache de asistencia de público y las dificultades organizativas que atravesaba las manifestaciones públicas de esta antigua semana mayor, se tomó la decisión de unificar todas las salidas procesionales en una sola procesión magna en la tarde - noche del Viernes Santo. Sin embargo, desde siglos antes, habían sido siempre dos días con enorme carácter y gran atractivo. El Lunes, en las primeras horas de la mañana, las calles trianeras contemplaban desde el siglo XVII el paso de «El Señor en el Huerto de los Olivos», aunque la escultura actual es obra de Luján Pérez. Por la tarde salía, al igual que la anterior desde la Parroquia de San Francisco, la «Procesión del Clero», por la asistencia de todo el clero, ordenes religiosas y seminaristas, acompañando, en su trono con palio de varales de plata, al «Señor de la Humildad y Paciencia», la imagen mas antigua de las que procesionan hoy, y que perteneció a la desaparecida iglesia de Los Remedios, que estuvo ubicada en las inmediaciones de la calle que hoy lleva ese nombre. Con el tiempo ambas procesiones se unificaron en la de la tarde, hasta que se incorporaron a la magna del Viernes Santo. El martes era el día del popular «Cristo del Granizo», el «Señor Atado a la Columna», obra de Tomás Calderón de la Barca estrenada en 1779, que se le conocía así por la enorme granizada que cayó de repente en una ocasión nada mas hacer su entrada en su templo, la Parroquia de Santo Domingo, desde la que procesionaba acompañado y bajo el patronazgo del Colegio de Abogados, que lo asumió en 1894.

El Miércoles Santo era el día de «El Encuentro» o de la «procesión de El Paso», una representación sagrada del encuentro de Cristo con las santas mujeres, que se escenificaba en la Plaza de Santa Ana con acompañamiento de música y de un enorme gentío, que manifestaba su admiración al unísono cuando el trono de La Verónica se acercaba al del «Cristo de la Caída» - como se le conocía antiguamente - y desplegaba un lienzo con el rostro de Jesús, en señal de haberle secado el sudor de su cara. En la actualidad, y desde 1997, este acto ha sido recuperado por una cofradía nueva, pero muy activa y eficaz, la Real, Ilustre e Histórica Hermandad del Santo Encuentro de Cristo y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo con la Cruz a Cuestas y Nuestra Señora de Los Dolores. Hay que resaltar como casi todas las imágenes de esta tarde son de Luján, el Cristo, San Juan, La Verónica (son tantas sus obras en las procesiones que el escritor grancanario Domingo Doreste Fray Lesco le llegó a nominar como «el primer predicador de la Semana Santa de Las Palmas»), aunque La Magdalena fue tallada por el artista grancanario Silvestre Bello. Tras este encuentro todas regresan a su parroquia, la de Santo Domingo. También esta noche del miércoles, y desde hace unos años, sale en procesión La Virgen de Los Dolores de Triana, acompañada de su Hermandad Sacramental y Cofradía que hace su estación de penitencia desde la ermita de San Telmo a la iglesia de San Antonio de Padua; un hermosísimo y muy devoto procesionar que ya ha calado hondo en su barrio trianero y en toda la ciudad.

El Jueves y el Viernes Santos, días grandes en el calendario pasionista, de Las Palmas de Gran Canaria, estaban y están hoy caracterizados, tras las funciones religiosas propias de ese día, por el paseo por Vegueta y Triana, en la tarde - noche, para visitar los monumentos en las diversas iglesias y ermitas, cerrándose al tráfico las principales calles para facilitar el paseo sosegado, y los numerosos corrillos que se forman entre familias y amigos que se encuentran en ese deambular entre templo y templo. Por la noche, aunque antes lo hacía a las cinco de la madrugada, a las doce en punto, tras el canto del «Miserere», sale de su ermita del Espíritu Santo, como cada año desde 1941, la venerada imagen del «Cristo del Buen Fin», acompañado de su Real Cofradía, revestida con túnicas rojas y portando farolillos, que llevan a su Cristo en andas a hombros en medio de la fría brisa vegueteña mientras realizan su anual Viacrucis y el predicador alza su voz en el silencio pétreo de esas horas.

La mañana del Viernes Santo es, desde 1927, la de la «Procesión de Las Mantillas», denominada así por la cantidad de mujeres que, tocadas con este tradicional atuendo, acompañan al Cristo de la Sala Capitular y a la Dolorosa de la Catedral, ambas obras del guinense José Luján Pérez, que las talló en 1793 y en 1805 respectivamente. Es muy sugestiva la entrada de ambos tronos en la Catedral, mientras la Banda Municipal interpreta la «Marcha Fúnebre» de Chopin, donde a continuación comienza el tradicional «Sermón de las Siete Palabras», que se prolonga hasta las tres de la tarde, hora en la que se conmemora la muerte de Cristo en la Cruz. Hay que resaltar que el trono de la Virgen fue diseñado y tallado por el escultor Juan Jaén en 1943 y el del Cristo por Carlos Monzón Grondona en 1946.

Por la tarde de ese mismo día, y desde finales de los años setenta de la pasada centuria, tiene lugar la «Procesión Magna», en la que procesionan los tronos e imágenes antes mencionados y las que desde antiguo eran las propias de ese día, el «Cristo de la Vera Cruz», que sale de la parroquia de San Agustín, obra de Luján Pérez que sustituyó a la primitiva imagen a comienzos del siglo XIX, junto a San Juan Evangelista, también de Luján, y la querida imagen de «La Genovesa», así conocida por su procedencia de aquella ciudad italiana. Tras a ellos concurre el Ayuntamiento de la ciudad en pleno acompañado de guardias de gran gala y maceros; es de justicia recordar como durante muchos años la ornamentación de estos tronos estuvo encomendada al pintor Jesús Arencibia que dejó una huella indeleble en el estilo que se utiliza tradicionalmente. De la Parroquia de San Francisco debemos destacar la salida del «Santo Entierro» -con la tradicional escolta de miembros de la Guardia Civil de uniforme de gala -, cuya urna fue diseñada por el pintor Manuel Ponce de León y luce cuatro angelotes obra de Luján Pérez, y el trono de plata bajo cuyo lujoso palio procesiona, arropada por su Pontificia y Real Archicofradía y por el Cabildo Insular en pleno, la Virgen de La Soledad de la Portería, una de las mayores y mas antiguas devociones de la ciudad en este barrio trianero, a cuyas calles vuelve a salir, pasadas las diez de la noche, para la «Procesión del Retiro», al igual que lo hace por las de Vegueta «La Dolorosa de Santo Domingo» -en la actualidad también conocida

como «Dolorosa de Vegueta», siendo en los últimos años frecuente escuchar a su paso algunas malagueñas y alguna que otra saeta, con sus características notas quebradas por un dolor hondo, casi irreparable. Cuando regresan a sus templos se cierran también las puertas de las anuales procesiones de la Semana Santa isleña.

Así, cada año, ya en este siglo XXI, no podemos dejar de admirar a esta Semana Santa grancanaria, Semana Santa de ayer y de hoy, semana mayor para añorar soleadas y limpias mañanas repletas de mantillas blancas, cientos de farolillos que rompen el luctuoso gris del atardecer por Triana, noches de plegarias tras un Cristo en procesión por las calles de Vegueta.

Por todo ello, se concibió la idea de este libro, para que, a través de textos de muy diversos autores, de muy diferentes épocas, pudiéramos todos asomarnos al ambiente, a los sentimientos, a la forma que los grancanarios han tenido y tienen de ver y entender, ayer y hoy, la Semana Santa, las costumbres, los usos y las tradiciones que se daban entorno a la que denominaban su «Semana Mayor del año». Pero también, en este tiempo de la cultura de la imagen, no podían faltar las imágenes; fotos muy distintas, la mayoría de autores anónimos, incluso algunas fruto de la instantánea fotográfica de algún familiar de quienes formaban en los cortejos procesionales, que nos sitúan en momentos muy diferentes de esta celebración entre los últimos años del siglo XIX y la década de los setenta del siglo XX. En las fotografías seleccionadas no se ha querido primar las imágenes sagradas en primer plano, pues no se trata de un libro de historia del arte, de imaginería religiosa, sino una obra en la que queremos acercarnos a un ambiente, al que vivían y disfrutaban los habitantes de esta ciudad, sintiéndolo desde la óptica según la cual se la habían mostrados sus padres y abuelos, así como a estos los suyos. Así, el libro pretende ser, en cierta manera, como un viejo álbum de recuerdos de Semana Santa de toda la gran familia de los habitantes de Las Palmas de Gran Canaria.



El Señor de la Burrita. Parroquia de San Bernardo. San Telmo.



El Señor de la Burrita.



Procesión de la Burrita a principios s. XX. por San Telmo.



Jóvenes con mantilla.

JOSÉ MIGUEL ALZOLA

LA SEMANA SANTA DE MI NIÑEZ

La ciudad de Las Palmas, en mi niñez, era una población pequeña que iba creciendo con cierta premura y desorden hacia el Puerto de La Luz. Por este rumbo, luchando a brazo partido con los arenales, se alzaban caseríos para acomodar a los desarraigados de las otras islas y de nuestros campos.

En cambio, sus dos barrios primigenios apenas si variaban. Vegueta dormitaba a la sombra generosa de la catedral y sus vecinos, indolentes, sólo tenían que abrir los portales de sus casas para que entraran el mayordomo y las bestias con las rentas y frutos de sus fincas. Al otro lado del barranco, Triana, solar de nuevos ricachos, que presumía de sus tiendas grandes y bien surtidas regentadas por isleños avispados, por ingleses mayestáticos o por hindúes zalameros.

Las calles viejas de estos dos viejos barrios, ornamentadas de arquitectura sobria, han sido tradicionalmente el escenario doloroso de la Pasión capitalina, que tantos recuerdos despiertan en mí y que me propongo evocar en estas páginas.

En una ciudad como la nuestra, en la que sucedían tan pocas cosas, la Semana Santa constituía cada año un acontecimiento que, por repetido, no dejaba de ser esperado con deseo por los vecinos. Estos se preparaban a lo largo de la Cuaresma para tener acomodadas sus conciencias y también sus indumentarias a la grandeza de los días solemnes por venir. Los ejercicios piadosos en los templos y los encargos a sastres y costureras eran ocupaciones suficientes para llenar las semanas interpoladas entre el Miércoles de Ceniza y el Domingo de Ramos.

A las señoras les resultaba humillante no estrenar vestido el Jueves Santo. Las visitas a los Monumentos las hacían emperifolladas, luciendo velos de blonda y joyas con buena o falsa pedrería según los caudales de cada cual. Las más jóvenes llevaban peineta y mantilla españolas. Los periódicos publicaban anuncios como éste del «Diario de Las Palmas»:

PARA SEMANA SANTA
Verdadera novedad en sombreros, plumas, flores,
trajes para señoras, y variedad de adornos
para los mismos.
Doña Bernarda Martín - Cano, 23

Los caballeros iban de luto riguroso, adelantándose así al color impuesto por la liturgia para el Viernes Santo; sus camisas muy blancas, muy almidonadas y con brillo; y el sombrero, que no faltara el sombrero para los constantes saludos ceremoniosos. Los niños, cómo no, también estrenábamos. Yo no he olvidado aún lo mucho que me molestaban los zapatos nuevos de charol en aquellos días de tanto ajeteo.

El Jueves Santo tenía su olor peculiar: a incienso, a cera y a naftalina.

Las procesiones se veían pasar desde las ventanas y balcones, desde las aceras y bocacalles, pero no se participaba en ellas salvo en contados casos. Se iba de un lado a otro para contemplar los tronos varias veces, a pesar de la pobreza, la pequeñez y el poco esmero con que estaban adornados. La ornamentación consistía en unos cuantos ramos de flores artificiales, flores de trapo, sostenidas en agujeros practicados en las tablas.

La gran calidad de las imágenes y la devoción que se las tenía salvaban la mediocridad de muchos de aquellos tronos, contruidos en pinsapo y pintados con purpurina. Por mi madre supe tempranamente que un artista, nacido en Guía, era el autor de las más hermosas de aquellas esculturas y me prometió, cuando creciera, prestarme un libro sobre su vida y su obra escrito por un primo suyo.

Pero como entonces apenas se hacía turismo, no era frecuente que se comparara lo que teníamos aquí con los ostentosos pasos barrocos, de plata repujada, de Sevilla y Málaga. Se defendía incluso la pobretonería insular argumentando que ése era el estilo tradicional de nuestra Semana Santa. Sin embargo, para mis ojos de niño, aquellos tronos me parecían sublimes y era capaz de recordar hasta los menores detalles cuando los describía en casa.

Cada iglesia contaba con un parroquiano sobre el que recaía la responsabilidad de poner los pasos a punto para las procesiones. No era trabajo retribuido, sino honroso encargo encomendado por el cura a algún feligrés conspicuo, quien elegía luego a sus colaboradores. En la parroquia de San Francisco desempeñó tal cometido, durante varios lustros, don Teodoro Sánchez. Fue notario eclesiástico y vestía siempre de negro, en consonancia con el quehacer curial; sus poderes eran casi sobrenaturales porque hacía y deshacía con los santos a su antojo. Daba instrucciones sobre la manera de quitar el polvo a las imágenes; decidía si era necesario o no darles clara de huevo en rostros y manos para que rebrillaran en la calle; determinaba en qué forma serían colocadas las túnicas y los mantos; cómo se tenían que distribuir en las gradas del trono las flores artificiales y los fanales. Nada podía escapársele de las manos: el éxito o el fracaso dependía sólo de él. La amistad del cura, don Antonio Artiles Rodríguez, con mi familia abría las puertas de los camarines a mi curiosidad infantil. Llevaba hasta la merienda a la parroquia para no perderme estos prolegómenos sacros, entrelazados con alguna que otra irreverencia.

En la parroquia de Santo Domingo se llamó el feligrés responsable don Carlos-Luis Monzón Grondona: soltero, delgado, vivaracho, sordo, siempre con americana cruzada, funcionario de la Junta de Obras del Puerto y profesor vespertino de dibujo y pintura en el Seminario Conciliar. Quiso ser renovador, pero no le dieron medios hasta muchos años después.

Don Fernando Afonso se ocupaba de aderezar imágenes y tronos en la iglesia de San Agustín. Fue oficial de la notaría de don Agustín Millares Cubas y santero de la ermita de San Antonio Abad, en la que vivía. Estaba acostumbrado a moverse entre imágenes sagradas y a las sacristías llevó su buen humor y desenfado.

Hasta las primeras décadas del siglo XX las procesiones hacían siempre el mismo recorrido: las de Vegueta venían a Triana y las procedentes de este barrio cruzaban el Guiniguada para devolver la sacra visita. Respondían estos itinerarios a la costumbre inmemorial de que las imágenes de penitencia entraran en las tres iglesias de los desaparecidos monasterios de clausura, para que las religiosas, desde el coro, pudieran admirarlas y ofrendarles cánticos y rezos durante la breve estación.

Tradicionalmente, cada trono lo patrocinaba una familia, costumbre que aún persiste. Estos patronos sufragaban los gastos de culto y las mejoras que se hicieran a lo largo del año y, de manera especial, con motivo de la Semana Santa. En sus casas se solían guardar las túnicas y los mantos, los faldones, las coronas, las flores artificiales, la candelería y otros enseres pertenecientes a la imagen. A cambio de tantos desvelos y limosnas, los patronos disfrutaban del privilegio de ir delante del trono y de dirigirlo, y así de padres a hijos.

Las procesiones avanzaban muy lentamente porque se detenían bajo las ventanas y balcones en los que estuvieran asomados familiares y amigos del patrono. Como aquí todo el mundo se conocía, el trono paraba en una casa sí y en la otra también.

Los seminaristas, con sotanas de color teja, becas azules y bonetes negros, iban a los lados de los pasos a manera de escolta eclesial. Las procesiones más solemnes las presidía el obispo. Detrás de él era llevado, también por seminaristas, un hermoso sillón de caoba para que el prelado descansara a lo largo de la despaciosa marcha: la verdad, yo nunca vi que lo usara. Los tricornios charolados de la Guardia Civil relucían junto al sepulcro. Los fusiles a la funerala, por respeto a Cristo difunto.

Para las damas encopetadas de la ciudad el ir el Viernes Santo junto al trono de la Virgen de la Portería, llevando uno de sus doce cordones, era un privilegio deseado con vehemencia. El párroco, el Viernes de Dolores de cada año, hacía la selección y los enviaba a las casas de las agraciadas. El día grande de la procesión, desde muy de mañana, aparecían en la iglesia las criadas de las señoras elegidas a ocupar, en nombre de sus amas, los mejores sitios alrededor del paso, y junto a ellos tomaban asiento. Allí permanecían horas y más horas de paciente espera hasta que unos momentos antes de la procesión se presentaban las señoras, con muchos lutos, a posesionarse del espacio y del cordón.

La participación de los niños en estos cortejos se reducía a llevar los estandartes o la naveta; el incensario y los ciriales se les confiaban a monaguillos asalariados. A mí no me gustaron nunca los estandartes porque eran muy pesados y, además, si se levantaba un poco de brisa se convertían en velas desplegadas, cuyo gobierno no soportaban mis débiles brazos infantiles. En cambio, Claudio de la Torre me dijo en más de una ocasión que él siempre llevó, el Viernes Santo, el estandarte rojo de la parroquia de San Francisco.

La naveta ya era otra cosa. Si la procesión pasaba por delante de una botica, el navetero entraba en ella para que le llenaran de incienso, gratuitamente, la cajuela. El mancebo solía añadir, casi siempre, una barrita de regaliz para el acólito.

Los tronos eran cargados por palanquines, que sudaban la gota gorda en aquellos encierros recubiertos de terciopelo. Por este penoso quehacer recibían un duro de jornal, casi el salario de tres días de trabajo. Nadie les llamaba cargadores, sino palanquines, palabra derivada de palanquín: angarilla utilizada para trasladar difuntos al cementerio. Los palanquines se reunían en el callejón del Losero y allí se les iba a buscar cuando necesitábamos de sus servicios.

En las procesiones no faltaba nunca un trío, compuesto de voz, clarinete y flauta, que interpretaba un canto monótono y lastimero, heredado de los desaparecidos conventos, y que era conocido por *El Nombre*.

Alguno de estos músicos, que ya peinaba abundantes canas, se las teñía de negro azabache para estas solemnes fechas. Si las tardes procesionales eran de sol picón o de llovizna, que de todo había, el cosmético le escurría por el rostro, añadiendo más tragedia y patetismo a la salmodia penitencial que llenaba la calle en aquellas tardes santas.

Aún hoy me conmueve el recuerdo de los cultos que se celebraban en el interior de las iglesias. En los atardeceres, las naves mal alumbradas se llenaban de gente dispuesta a oír el sermón, En el púlpito, un predicador cubierto con el bonete español de cuatro picos, explicaba las negaciones de San Pedro, la flagelación, la crucifixión o la soledad de María. En uno de los templos de Vegueta se escenificaba el descendimiento, participando en la ceremonia varios sacerdotes revestidos de alba.

En los presbiterios se colgaban telones enormes para ocultar totalmente los retablos. En ellos aparecían pintadas estancias profundas, de techos abovedados y hermosas columnatas al fondo. Estas arquitecturas efímeras, contando con la complicidad de la penumbra, me impresionaban mucho y contribuían a añadir misterio a los Misterios de la Pasión. Más tarde, cuando comencé a investigar, averigüé que los telones que se colgaban en mi parroquia de San Francisco procedían de la época conventual y habían sido restaurados, en 1906, por el pintor Federico Valido. Las telas del templo de Santo Domingo eran obra del artista Francisco Suárez.

En la tarde del Jueves Santo ya enmudecían las campanas: *la matraca* entraba entonces en acción desde la torre norte de la catedral. Su sonsonete era oído en toda Vegueta, encogiendo los corazones.

Ni una tartana, ni un coche por las calles. La circulación quedaba interrumpida desde el parque de San Telmo al callejón de la Horca. Nadie podía turbar el sosiego de la ciudad en esos dos días santos.

Los vecinos, agrupados por familias, llenaban las calles para ir de iglesia en iglesia recorriendo a pie las estaciones. Parecía que la rueda estaba aún por inventar.

Entonces sí se podía hablar de visitas a los monumentos, porque monumentales eran las decoraciones que se hacían en los templos el Jueves Santo para colocar al Santísimo Sacramento. La mucha plata daba rango a un monumento, por lo que los feligreses prestaban a sus parroquias bandejas y jarrones para enriquecer aquellos delirios de luces, de flores, de ángeles, de tules colocados en cascada generosa desde el arca santa hasta las gradas del altar. El sacerdote, que tenía que reservar las sagradas formas en lo alto de los tímulos, encontraba mil dificultades para llegar hasta la cúspide. Una vez cerrado el sagrario se colgaba la llave al cuello, ensartada en un grueso cordón de oro. En algunos de nuestros pueblos, el alcalde le discutía al

párroco el privilegio de llevar ostensiblemente la llave sobre la pechera, pero era infrecuente que el cura se plegara a las exigencias del munícipe, que bastante tenía con la vara.

La ciudad, sacralizada con las procesiones de cada día, los viacrucis, las lecturas de la Pasión, la visita a los templos y el reiterado canto del Miserere, era a veces sacudida por la conducta disonante de algunos pocos. Así sucedió aquel Viernes Santo en que unos caballeros se asomaron a la puerta del *Café Madrid*, cuando pasaba la procesión del Santo Entierro, tomando tapas de jamón serrano con lo que quebrantaban públicamente el ayuno y la abstinencia. Recuerdo lo mucho que se comentó tal desafío, las censuras lanzadas desde los pulpitos y la ruptura definitiva de un noviazgo por este motivo.

En la catedral todavía con el coro en su centro, tenían lugar ceremonias sobrecogedoras. El Miércoles Santo era cantada la Pasión según San Mateo. El presbiterio aparecía cubierto con un velo blanco. Cuando llegaba la narración sagrada al pasaje en que Jesús exhala su espíritu, y decía el sacerdote: *el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo, y la tierra tembló y los peñascos se hendieron...*, entonces se rompía también el velo blanco del presbiterio, quedando la iglesia totalmente a oscuras. Al mismo tiempo, en las sacristías bajas y en algunas capillas laterales estallaban unas tracas, a manera de truenos, que producían revuelo entre los fieles.

Una vez finalizada la misa y el posterior canto de Vísperas, se desarrollaba la enigmática ceremonia de *La Señal*, en la que participaba el Cabildo Catedral en pleno. Los canónigos, revestidos con sus capas negras, suplementadas de largas colas, iban saliendo del coro por la vía sacra llevando el capuz echado sobre el bonete, por lo que sus caras quedaban casi ocultas, añadiendo más misterio a la acción litúrgica. Todos encaminaban sus pasos hacia la sacristía, de la que volvían a salir en seguida congregados alrededor del chantre, que enarbolaba una bandera negra con una gran cruz de color rojo en su centro. Puestos de rodillas los capitulares en el presbiterio, alzaba el chantre el lábaro y lo pasaba una y otra vez sobre sus cabezas, que permanecían inclinadas en señal de respeto. Nadie pudo explicarme nunca el significado, el simbolismo de esta ceremonia que, según parece, nos vino de Sevilla en los años fundacionales de la corporación eclesiástica.

Al día siguiente, Jueves Santo, a la una de la tarde, el señor obispo invitaba a comer en su palacio a doce ancianos pobres, presidiendo él mismo la mesa, que era servida por un grupo de señoras de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Al terminar el ágape, el prelado y sus comensales se dirigían a la catedral. El público, estacionado en la plaza de Santa Ana, abría calle para que pasara la comitiva. En el presbiterio alto se desarrollaba entonces la escena del lavatorio de los pies a los doce viejecitos, para lo cual el obispo se arrodillaba delante de cada uno de ellos, rememorando lo hecho por Jesús con sus apóstoles. Seguidamente, el magistral pronunciaba el sermón del *Mandato*. Era frecuente que los ancianos, después de la copiosa comida palaciega, se quedaran beatíficamente dormidos durante la peroración.

Los oficios del Viernes Santo tenían como prólogo la oración silenciosa que los tres sacerdotes hacían ante el altar tendidos en el suelo, descansando los brazos y cabeza en sendos almohadones. Esta forma de rezar me sorprendía mucho y la esgrimía como argumento cuando en casa me corregían posturas comodonas durante el rosario. En este día los ornamentos eran de color negro y los *ministros* llevaban puestas unas casullas bastante feas, recortadas por delante, que más tarde me enteraría que se llamaban *planetas*. Las autoridades civiles y militares estaban presentes en la catedral vistiendo sus mejores galas. El presbiterio bajo se agrandaba con tarimas para acomodar a tan lucido cortejo. Cuando llegaba el momento de la adoración de la Santa Cruz se descalzaban los sacerdotes celebrantes y, después, cada ilustrísimo señor era acompañado por un canónigo hasta el humilladero, haciendo previamente tres genuflexiones; una vez besada la imagen del Crucificado dejaba caer un duro de plata en la bandeja petitoria colocada a su lado. El repiqueteo de las monedas era oído en todo el templo. El público que presenciaba este rito solía repetir cada año la misma historia: cierta vez el señor regente de la Audiencia dio de limosna ¡una onza de oro! Estos dieciséis duros cimentaron para siempre su fama de munificente.

Terminada la acción litúrgica, los canónigos salían corporativamente hacia la Sala Capitular para celebrar el *Cabildo del Perdón*. En él se daban por olvidadas las diferencias surgidas entre ellos en el curso del año. Alguien le llamaba el *Cabildo del borrón y cuenta nueva*.

Concluida la semana de procesiones llegaba jubiloso el Sábado de Gloria. A las diez de la mañana rompía el silencio el repique pausado, solemne de la catedral, que era seguido por la algarabía de todas las campanas de las iglesias y ermitas, echadas a la vez al vuelo.

Desaparecían como por encanto de los retablos los velos de color morado colocados sobre las hornacinas para ocultar las imágenes en señal de duelo. Terminados los Oficios en las parroquias los monaguillos, revestidos con sotanas coloradas y roquetes muy rizados, recorrían las principales casas de la feligresía para rociar con agua bendita sus habitaciones y expulsar de ellas al demonio. Admitían por los exorcismos limosnas y golosinas.

A las diez en punto quedaba restablecido el servicio de tranvías entre Las Palmas y el Puerto de La Luz. Los niños colocábamos triquitraques en los raíles para que estallaran al paso del primer convoy por la calle de Triana. Estos modestos estampidos anunciaban el final de las vacaciones: el Lunes de Pascua otra vez al colegio.

Del libro: «La Semana Santa en Las Palmas». 1989



El Cristo de la Vera Cruz, «la Genovesa» y San Juan en la Plaza de Santa Ana, ante el edificio de las Casas Consistoriales y numeroso público agolpado ante la Catedral de Canarias.



BARTOLOMÉ CAIRASCO DE FIGUEROA

LA INVENCION.

(La Invención de la Cruz: 11, 110-111)

En todo cuanto acá la industria humana
ordena y traza con estudio y arte
conviene mucho la invención galana,
porque es importantísima esta parte:
o sea materia santa, o sea profana,
de Apolo, de Mercurio, Venus, Marte,
de música, oratoria, de poesía,
si no lleva invención, es cosa fría.

Y no sólo los hombres deste suelo
en sus escritos, obras, días festivos
con varia discreción, con vario velo
de los términos usan inventivos,
pero el mismo Señor de tierra y cielo
para poner en obra sus motivos
gustó también en varias ocasiones
de usar maravillosas invenciones.

Y así, el santo real profeta estando
con el usado ingenio y artificio
a solas con el mismo Dios tratando,
como lo tuvo siempre por oficio,
dijo: —Estaré tus obras meditando,
serán tus invenciones mi ejercicio
(diciendo que, aunque aquéllas contemplaba,
en éstas mucho más se recreaba).

Debía considerar el gran profeta
los admirables cercos celestiales,
el curso propio de cualquier planeta,
los mixtos, plantas, hierbas, animales
el hombre (que es criatura más perfecta),
los efectos y causas naturales,
sacando de mirar cosas tan bellas
el inmenso valor del autor dellas.

Y, aunque el profeta regio meditaba
estas obras de Dios tan admirables,
en lo que siempre más se ejercitaba
era en sus invenciones inefables,
porque en éstas el santo rey hallaba
misterios más heroicos y espantables,
cual se podrá entender de dos que han sido
de mayor extrañeza a nuestro oído.

La una fue cuando del alta cumbre
de su divinidad al hondo valle
de lágrimas bajó por darnos lumbre
el mismo Dios, vestido a nuestro talle
y con disfraz de humana servidumbre

que asombraba a los ángeles miralle
debajo del sayal que le cubría
brocados de tres altos descubría.

Viéronse para gloria suya, en esta
invención, invenciones de alta fama;
viose el gozo llorar, gemir la fiesta,
temblar de frío el mismo fuego y llama,
la pobreza terrena en cielo puesta,
la riqueza divina en pobre cama;
el mismo pan se vio con hambre esquiva,
con sed la misma fuente de agua viva.

Viose mortal el inmortal, pasible
el impasible y el que nos gobierna
sujeto, conmutable el inmovible
y enmudecida la palabra eterna;
viose también visible lo invisible,
y en aquesta invención rara y moderna
se vio (para que en ella se eche el resto)
Dios hombre, Virgen madre en un supuesto.

Fue la otra invención aún más costosa,
de más admiración y gallardía,
porque en Jerusalén, ciudad famosa
donde de todo el orbe gente había
estando atenta a ver tan nueva cosa
en un alegre pascua a mediodía
salió con extrañísimo aparato
el Redentor de casa de Pilato.

Delante iban ministros de justicia
con ronco son de doloroso acento
y en escuadrón confuso la milicia
con el pendón real tendido al viento;
el pregonero dando iba noticia
del caso grave con sonoro acento,
y luego el rey de la estrellada esfera
salió con su invención desta manera:

de espinas la cabeza coronada,
de rojo humor el suelo matizando,
al cuello una gran sogá encadenada
por donde los sayones van tirando;
sobre los hombros una cruz pesada
que le hace arrodillar de cuando en cuando;
los pies descalzos sobre piedras vivas,
la ropa y rostro lleno de salivas.

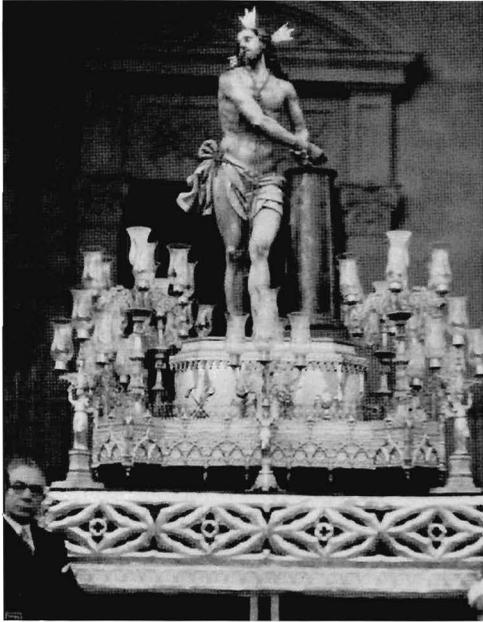
Esta rara invención que al mundo espanta
sacó la Majestad sacra infinita,
y con razón el rey David se encanta
y en ella de ordinario se ejercita,
pues no hay entendimiento y fuerza tanta
que no se asombre y muestre ser finita,
si considera en una cruz clavado
al gran Señor de todo lo criado.



El Señor Predicador junto a la Magdalena.
Parroquia de Santo Domingo.
Imagen estrenada en la
Semana Santa de 1802.



El Señor de la Oración en el Huerto.
Parroquia de San Francisco. (1910)



El Señor Atado a la Columna
ante la Catedral de Canarias.



Señoras con mantilla negra.

ISIDORO ROMERO Y CEBALLOS

DIARIO CRONOLÓGICO E HISTÓRICO. (Extracto)

Abril 1781

A. Transfiérese la procesión del retiro a el biernes de Dolores.

19. El biernes 6 salió a la tarde, día de Nuestra Señora de los Dolores, en procesión por toda la ciudad hasta San Bernardo, Nuestra Señora del Retiro, de la portería del señor San Agustín, cosa nueva, pues esta procesión se asía el biernes santo a la noche, pero el yllustrísimo señor don Joaquín de Herrera, por evitar los desórdenes que a tal (f. 83 r.) hora podían suceder, la transfirió al biernes de Dolores, a la tarde, y el primer ejemplar de esta novedad fue éste de 1781.

Abril 1786

A. Procesión del lunes santo en la tarde no pasea a Triana por el agua y estrena el señor unas potencias de oro.

20. El día 10, lunes santo, estrenó el Señor de la Humildad y Paciencia de los Remedios unas potencias unidas por unas ráfagas más pequeñas de oro y la procesión sólo pudo andar por Begueta por el agua que llovió.

A. Procesión del viernes santo pasa dos veces por la Herrería.

22. La procesión del día 13, viernes santo en la tarde, pasó dos veces por la Herrería no obstante que el barranco no corría.

Marzo 1793

(f. 9 y.) A. La mayor parte de procesiones de Semana Santa no salieron por el agua.

A. Dáse el patronato de la del miércoles a los esscribanos de esta ciudad

6. Las procesiones de Semana Santa, que cayó a fines de marzo, las del lunes, miércoles y viernes no salieron a la calle por los aguaseros. Y el patronato de la del miércoles, que estava en el lizenciado don Joseph Hidalgo, habiendo muerto éste en la semana de Lázaro, nombró por patronos perpetuamente a los escribanos del número desta ciudad y la dotó en dose pesos anuales. Y la procesión del lunes santo estava para salir de las monjas claras, por razón de haverse empesado a demoler la hermita de los Remedios para rredificarla.

A. Órgano y tribuna de Santo Domingo se estrena

7. En este mes se estrenó el órgano grande y tribuna alta que está en el coro de Santo Domingo.

1797

A. Se estrena una ymagen de Nuestra Señora de Dolores el miércoles santo

6. El miércoles santo se estrenó una ymagen nueva de Nuestra Señora de los Dolores que la costearon los escribanos, patronos de dicha cofradía.

1804

A. Imágenes nuevas en Semana Santa

7. En la Semana Santa se estrenó el San Juan Evangelista que sale en la procesión del lunes santo, que lo construyó el escultor don José Péres, y también el San Pedro que sale en dicha procesión.

Extractado textualmente de su
Diario cronológico e histórico de los sucesos elementales, políticos
e historiográficos de esta isla de Gran Canaria (1780 – 1814)».

LESCO. (Seudónimo)

LA SEMANA SANTA. (Extracto)

«El discurso del año nos ha traído a las puertas de la Semana Santa, la semana grande, los días de los recuerdos sublimes y de las esperanzas eternas. Tomamos ya olor á su perfume de reposada tristeza, de austera magestad, de augusto silencio, de tranquilo y suave dolor, con que brinda a los corazones de los fieles en esos días de meditación de la muerte y pasión de nuestro Salvador».

.....

Dejemos de mano á nuestras tareas y alejémonos de todo aquello que fatiga nuestros cuerpos tanto como nuestros espíritus; demos tregua al batallar de la vida y acojámonos al asilo tranquilo y reposado de los templos; desatendámonos de las miserias que nos asedian y descansemos nuestra carga; respiremos la suave atmósfera de los próximos días y bendigamos a una religión divina que nos brinda con esperanzas eternas; tan humana se ha dispuesto entre el año la Semana grande para alivio de nuestro corazón y refrigerio moral de nuestros espíritus: que no vive el hombre sólo de pan, como dijo Nuestro Señor. LESCO.

Artículo aparecido en el «Diario de Las Palmas»,
el sábado 17 de marzo de 1894, en primera página a 2 columnas.



Las filas de acólitos acompañaban a los distintos tronos.



DOMINGO JOSÉ NIAVARRO Y PASTRANA

CUARESMA Y SEMANA SANTA.

El Miércoles de Ceniza debían empezar los ayunos y las mortificaciones; pero no os adelantéis a compadecer a nuestros abuelos, porque el ayuno que hacían era muy soportable. Jícara de chocolate con una cuarta de pan para la parvedad de desayuno; comida abundante y substanciosa al mediodía; y para colación un plato de migas y otro de orejones o ciruelas pasas cocidos y condimentados con azúcar.

Todos los domingos, a las cuatro de la tarde, se reunían las familias en la Catedral a oír la plática, y al salir se dirigían a la Plazuela (recientemente arreglada), donde se paseaban y formaban corrillos de amena tertulia.

La Semana Santa era siempre esperada con avidez; porque en tales días lucían sus galas las señoras y los caballeros: ya a ver pasar las procesiones en diversas casas, donde obsequiaban a los concurrentes con confortable refresco; ya de iglesia en iglesia a oír los Misereres, sobre todo en las de monjas; ya finalmente, a recorrer de día las Estaciones con el máximum de lujo que cada uno alcanzaba.

Estos y otros actos terminaban con concurrir el Sábado Santo a la Catedral para presenciar el diluvio de aeluyas que caían desde las claraboyas del Cimborrio al pavimento y divertirse, cuando concluía la función, con las embestiduras y golpes de la muchedumbre disputándose las aeluyas.

El *revienta Judas* de Santo Domingo, la procesión del Resucitado en San Francisco y la del Jueves de Carnal, ofrecían a nuestros antepasados nuevos motivos de ocupación y de ser obsequiados con almuerzos en las casas por donde pasaban las procesiones.

De su libro «Recuerdos de un noventón»



La mantilla canaria enseñoreó las mañanas de Semana Santa década tras década.



ANTONIO ACASO Y OROZCO

LAS SIETE PALABRAS

que Nuestro Señor Jesucristo dijo en La Cruz

Mirad la cima en el soberbio Oriente
del Gólgota cruel, y de un madero
bañado en sangre al Hacedor pendiente
hablando al hombre en el dolor más fiero.
Soberano Maestro y Dios Potente
siete lecciones promulgó sincero,
en que nos muestra el celestial camino
y la doctrina de su amor divino.

1ª

Tendió su enojo la celeste altura:
la vasta mole su quietud violenta
y el eco vibra la infeliz natura
contra el deicidio que á su Autor presenta.
Mas ¡ay! Que al ver á la venganza dura
buscar la mano criminal sangrienta
el ínclito Jesús, con voz sonora
perdón al Padre en su clemencia implora.

2ª

Entre ladrones con mayor quebranto
descubre el ángel de su Dios el trono:
blasfemo el uno y empedernido tanto,
que holló la gracia con infando encono.
La adora Dimas. Del Empireo Santo
el goce suspiró en amargo tono;
y aquel Jesús, que de piedad blasona
ciñe a su frente la inmortal corona.

3ª

Y ya transido, con mirada inerte
lanza en su Madre convulsivo acento,
que, agudo mas que la terrible muerte,
traspasa un corazón que ahogara el viento.
El Amado le entrega ¡oh trance fuerte!
cual hijo de su amor ¡Cuánto portentoso
obra mi buen Jesús. Hasta en María
nos da una Madre y protectora pía!

4ª

Lívido, exánime, en la Cruz luchando,
latiente el corazón, rasgado el pecho,
se abate, se aflige, se le vé temblando
el rostro sin facción , el pie deshecho.
Féblil y yerta va su vista alzando;
se esfuerza y clama en la congoja estrecho:
«por qué en tu grande amor y poderío,
¿así me dejas padecer, Dios mío?»

5ª

¿Y tú, Señor, á cuya voz la tierra
el agua en fuentes cristalinas brota,
un *síto* exhalas que al querub aterra
con secas fauces que tu lengua embota?»

No esperes ¡ay! De la impiedad que encierra
 ingrato el pecador la ansiada gota,
 que halló en la mirra y miserable caña
 espacio inmenso en el que henchir la soña.

6ª

¡Oh dicha del mortal, que huyó vencido
 el cetro de Luzbel y su cadena!
 ¡Oh precio santo en que comprada ha sido
 la silla celestial en triste escena!
 Jesús vé el cargo de su amor cumplido:
 llama la muerte á reforzar su pena;
 y en eco humilde, tembloroso y tierno,
est consummatum pronunció a su eterno.

7ª

Y ya le encomendó ¡tan obediente!
 bañado en el sudor de la agonía,
 escelsa el alma ...¡Su mirar fulgente
 se eclipsa en medio de la niebla umbría!
 Y el pecho se le turba ... ¡Y ya su frente
 ¡ay! Se ha rendido sangrentada y fría ...!
 ¿Quién me dará dolor, llanto profundo?
 ¡Llanto! ¡que ha muerto el Redentor del mundo!

Y el Cielo se estremece ... el viento brama ...
 se enroja el astro que en la noche brilla;
 el sol enluta su esplendente llama,
 y ruge el mar en la oscilante orilla.
 Y el muerto resucita, el ángel clama;
 ¡y el orbe entero ante el dolor se humilla!
 ¿Tan solo el hombre, en criminal desvío,
 al ver que muere un Dios, se ostenta impío!

«EL Omnibus». Miércoles Santo. 20 abril 1859.



Estandarte de la Cofradía de la Pontífica y Real Archicofradía de Nuestra Señora de La Soledad de la Portería, en los años sesenta del s. XX, a la salida del templo parroquial.

JOSÉ M. ROMERO Y QUEVEDO

EL ARREPENTIMIENTO.

Dedicado a : Mi querido amigo
D. Amaranto Martínez de Escobar.

*Remittuntur ei peccata multa,
Quonian dilexit multum.
L. c. VII v. 47.*

- Porque lloras muger? ¿porque de hinojos
Te postras en el suelo dolorida?
¿Porque empañan las lágrimas tus ojos?
¿Porque gímes tan mística y abatida?
- ¿Por qué lloro preguntas? ¡Sí, he pecado!
- ¿Encuentras en el llanto algún consuelo?
- ¿No ves mi rostro pálido y ajado?
¡No ves mis ojos dirigirse al cielo
Vengo á regar tus pies con triste llanto,
Derramaré mis lágrimas en ellos;
Pues al calmar mi tético quebranto,
Enjugarlos sabré con mis cabello.
Yo he pecado, Señor, y llego ahora
Á pedirte perdón exelso y bueno,
Lo espero de tu voz tan bienhechora.....
-Pues quién soy yo? - Jesus el Nazareno.

- Has pecado muger! - Oh! Mucho, mucho;
Te contaré mis penas de rodillas....
- Dímelas, infeliz, que ya te escucho,
Enjuga tus escuálidas megillas.
- Óyeme, pues: los años maldecidos
Que hollaron mi virtud y mi inocencia.
Son los ecos lejanos y perdidos
Que llegan con sarcasmo á mi conciencia
 Yo fui un tiempo la flor mas bellas y pura
Que brotara en su seno el paraíso;
Pero el mundo insensible y ... mi locura
Me hundieron en el cieno de improviso
 Me digieron los hombres que era hermosa,
Mi célica belleza me ensalzaron,
Y al tocar inhumanos esta rosa
Hoja a hoja, traidores, arrancaron ...
 Yo entonces era pura, era inocente,
El Arcángel del bien me sonreía,
Ornaba la virtud mi casta frente
Con flores que Dios mismo me ofrecía.
 El me enviaba con la blanda brisa
Su vivido cariño sempiterno;
La aurora me brindaba su sonrisa
Pues ella es la sonrisa del Eterno.
 Mas al pisar el cieno de la vida
Me hundí en el lodazal de las pasiones;
Y entre inmundo fango detenida
Recibí las mundanas impresiones ...
 Que recuerdo, Dios mio! ... No te asombre
Esta historia fatal ... Ay! Yo deliro!
Escucha, por piedad ; escucha ... el hombre
Empañó mi virtud con un suspiro.
 Me ofreció sus riquezas y palacios,
Su amor cándido y puro me juraba,
Y bajo techos de oro y de topacios

Un mundo de placeres me brindaba
Y gusté las delicias de la orgía
Me embriagaban los báquicos cantares;
¡Ay! En pos del escándlo corría
Sin cansarme jamás de sus azares.

La Meretriz impura me decían,
El ludibrio infernal marcó mi frente,
Las Matronas, en fin, me maldecían
Y mi fama corrió de gente en gente.

Y hoy todo pasó, vuelvo mis ojos
A esa terrible senda que he cruzado,
Y siempre veo en ella los abrojos
Que el alma, sin piedad, me han destrozado.

Todo pasó ... Mas hoy acongojada
Busco del mártir la feliz diadema,
Ó espero en este sitio arrodillada
Del eterno poder el anatema.

Mas llorando á tus pies, perdón te pido,
Eres bueno, Señor, eres clemente;
Mi corazón padece dolorido ...
Borra esta mancha que marcó mi frente

Tu podrás perdonarme mi delito ...

Su recuerdo tan solo me envenena!

Dios no ha de oír á mi rogar contrito

- Pues quién eres muger? - Soy ... ¡¡ Magdalena!

- Ah! Por piedad no mires con encono

A una pecadora arrepentida

- *En nombre de mi padre te perdono*

Porque has amado mucho en esta vida.

Canaria. Abril 2 de 1860.

Aparecido, a modo de folletín recortable en las páginas 3 y 4, en el periódico
«EL CANARIO», el Martes Santo 3 de abril de 1860.



El Cristo de la Vera Cruz en su actual paso procesional.

JOSÉ MARRERO

A JESÚS CRUCIFICADO.

¡ Vas a morir, mi Dios, por culpa mía !
Con angustia mortal y desconsuelo
lloras mi ingratitud en tu agonía,
¡ Tú, que tornas la noche en claro día
y con manto de luz vistes el cielo ¡
¿ y mirando tu amor extraordinario
aún te causo, Señor, penas y enojos ?
Si mi querer es inconstante y vario,
desde la cruenta cima del Calvario,
vuelve hacia mí tus celestiales ojos.
Y, pues das muestras de bondad tan finas,
extiende hasta mi alma tus favores...
Caigan en mí tus lágrimas divinas,
y conviertan en flores las espinas
y en dulzuras eternas los dolores.

«Diario de Las Palmas», 11 de abril de 1900.



Procesión matinal del Señor en el Huerto de los Olivos. (1930)



El Señor Predicador, obra de Luján Pérez de 1802 en su trono junto a la Magdalena, obra de Silvestre Bello -segunda mitad s. XIX-, cuando salía bajo palio.



Cruz alzada y estandarte.

¡RESURREXIT!!

Terminó la semana de Pasión. La horas de recogimiento y meditación pasaron al grito de ¡Hosanna! La Humanidad celebra el magno acontecimiento de la Resurrección.

Después de las amarguras del Calvario, la muerte en la Cruz, fué triste epílogo de los sufrimientos del Redentor.

La fé oscila en todos los corazones. La duda se apodera de los más firmes creyentes. La esperanza desaparece y el abatimiento domina a sus discípulos.

Pero llega el tercer día; los vaticinios se cumplen, renace la esperanza y la fé se salva.

Las negras tinieblas desaparecen: un raro de sol puro las ahuyenta.

En los cerebros atrofiados, otro yo de luz penetra, pero de luz divina, que iluminando, enseña el verdadero camino de salvación.

El hombre queda redimido. Ya puede caminar seguro por la senda de la vida, llevando por guía ese brote de esencia divina que el Ser Supremo infiltró en su cerebro: la Inteligencia.

Ya puede sostener su Fé, nunca le fué enseñada la Verdad. El Sacrificio le conducirá a la celeste mansión. El Amor le dará fuerzas para aceptarle. Con Jesucristo resucitó la Humanidad.

Los hombres como los pueblos sufren cruentas crisis en la vida terrenal. Tienen también su calvario que recorrer. ¡Desdichados de ellos si en los momentos supremos les abandona la fé! ¡ Si se acobardan ante el sacrificio; que sería su salvación! ¡Si olvidan el Amor que les enseñó el Mártir del Gólgota y le sustituyen por el odio ó por el egoísmo!

Los pueblos como las individuos, tienen en la vida su momento, si no de Resurrección, de Regeneración.

El arrepentimiento a tiempo salva al hombre.

El reconocimiento y la enmienda del error pueden salvar a un pueblo.

Elevemos los corazones, abjuremos de nuestros errores y con la mirada en lo alto olvidemos odios y rencores y al cantar el ¡Hosanna! por la Resurrección del salvador, digamos también ¡Hosanna! pensando en nuestros ideales, que si pequeños al compararles con la salvación eterna, son grandes para el porvenir de nuestra Patria.

Depongamos pasiones y unámonos todos para triunfar en esta lucha que sostenemos y que por finalidad tiene abrir nuevos horizontes a esta tierra, estrechos hoy para el desarrollo de sus riquezas.

Así como fieles hijos de una Religión que nos redimió del pecado, seámoslo también para redimir Gran Canaria de la losa que pesa sobre sus destinos y que obstaculiza su marcha hacia el progreso.

¡Resurrexit!

Periódico «La Provincia». Abril, 1912.



El Señor con la Cruz a Cuesta y el Cireneo sobre el trono diseñado por el pintor Julián Cirilo Moreno Ramos, estrenado en la Semana Santa de 1887.



El Señor con la Cruz a Cuesta.

Salida de la procesión de El Paso en sus antiguos tronos.



San Juan.



La Dolorosa de Santo Domingo.



Diversos momentos de la escenificación del «Encuentro» en la Plaza de Santa Ana.





El Señor de la Cruz a Cuesta, la Verónica y la Magdalena en su procesionar por la calles de Vegueta y Triana, y al cruzar el antiguo puente de piedra.



TOMÁS MORALES

LA CENA DE BETHANIA. (Extracto)

PERSONAS

Jesús de Galilea	El centurión de Capernaum.
María Magdalena.	El mensajero.
La mujer Nazaritha.	El hijo del impedido.
Simón el Fariseo.	Los cuatro hijos de Simón.
El impedido.	Los doce discípulos.
La vendedora de flores.	Hombres, mujeres y niños del pueblo 1
El hierosolimitano.	Siervos de la casa de Simón.
La vendedora de naranjas.	

ACTO UNICO

Un rincón agreste en tierra de Palestina. Algunos árboles escuetos encuadran el paisaje con sus gestos hieráticos. Una montaña cierra el término de la izquierda con su roquedal calvo y sus quebradas ayunas de vegetación; un sendero pedregoso la recorre: nace en lo alto y desciende en rápida pendiente siguiendo la línea de su falda; antes de llegar a su término la ruta se tuerce formando un recodo y cae directamente sobre el centro de la escena.

A la derecha, la casa de SIMÓN EL FARISEO; vieja mansión bíblica que indica relativo bienestar. Hay un emparado que defiende la puerta de los rayos del sol, y a su cobijo, una mesa rústica con largos bancos de madera, toscamente labrados.

En el fondo, y en lo alto de otra montaña lejana bordeada de olivos, las torres de una ciudad se hierguen sobre el cielo dorado. Es el atardecer tranquilo de un día de mayo.

Grupos de gente del pueblo escuchan la palabra de Simón, que refiere un prodigio; atienden ávidamente con una especie de fervor religioso.

SIMÓN EL FARISEO.—... Y aconteció que Él iba a una ciudad que se llamaba Naín, y he aquí que al llegar a sus puertas vió que sacaban en hombros a un difunto, hijo de una viuda, la cual venía tras el féretro haciendo grandes estremos de dolor. Y como El la viera, compadeciósese de alta y la dijo: no llores,.. Y acercándose tocó el cadáver y añadió: Mancebo, a tí te digo: levántate... Y súbito se incorporó el que había muerto y comenzó a hablar.

Entonces todos sentimos miedo «e hicimos alabanzas» 2 diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y por él Dios visita nuestro pueblo.

EL CENTURIÓN.— En mi aldea de Capernaum uno de mis siervos estaba a punto de morir, y El le devolvió la salud con solo su mandato.

LA VENDEDORA DE NARANJAS.—Por todas partes va repartiendo dones de bondad y realizando maravillas.

SIMÓN EL FARISEO.—Y a su voz, los ciegos miran, los tullidos andan, los leprosos sanan, los muertos vuelven a la vida; porque su mano es salud y su palabra bálsamo que purifica.

LA MUJER NAZARITHA.— Yo le vi rodeado de sus discípulos, y El más que todos era hermoso, y El sobresalía entre todos. Y su palabra era tan dulce que las rosas le comprendían y las espigas se granaban, porque El sabe llegar al corazón de todas las cosas.

EL HIEROSOLIMITANO.— Y habla en alegorías, que luego explica, para que todos le comprendan; no es como los doctores de la Sinagoga, que en sus discursos ponen recóndito sentido con la idea de encubrir la debilidad de sus argumentos.

LA MUJER NAZARITA. — Yo le vi ayer en el Monte de las Olivas 3, cuando hablaba al pueblo, yo lo oí que decía cosas terribles y misteriosas; pero su cabeza estaba rodeada de un nimbo de luz... ¡ Creyérase que el sol nacía sobre su cabeza!...

LA VENDEDORA DE FLÓRES.— Cuentan que de todos los pueblos, las gentes abandonan su hacienda para seguirle, y van tras El contentos, y se sienten dichosos en su compañía.

EL HIEROSOLIMITANO.— Él se llama Hijo de Dios, y se llama El Salvador: y dice ser Aquel que los profetas Daniel e Isaías predijeron para salvar al pueblo de Israel. Y dice ser del linaje de David; aunque nació de humilde origen y en humilde lugar.

SIMON EL FARISEO.— De la sangre de David es el que ha de venir; y de la sangre de Jacob, que es de la sangre de Abraham, así lo dicen los sagrados textos.

LA MUJER NAZARITHA.— El predica el amor entre todos los humanos, y bendice a los que aman; y asegura que todo vendrá del amor, y que por el amor todo ha de ser.

EL CENTURIÓN DE CAPERNAUM.— Y el día en que todos seamos hermanos, la paz reinará sobre la tierra. El que tenga fe verá la verdad, el que tenga humildad será engrandecido y el que caridad haya tendrá recompensa... Y para aquel que nada posea y que sufra de grandes males y éstos no tengan remedio, para ése habrá algo más que para todos... para él será la divina Esperanza.

LA MUJER NAZARITHA.— La esperanza vive de los corazones que amaron mucho, y que aman; y que amarán toda la vida... y hasta después de la vida...

EL HIEROSOLIMITANO.— Me dijeron que Él había de pasar por estos lugares, por eso vine: para comprobar por mis ojos lo que mi razón no puede creer sin evidencia.

SIMÓN EL FARISEO.— Ayer anunció que muy pronto entraría en Jerusalén: apostados en el camino están cuatro de mis siervos, para anunciarme su llegada; porque sus pies han de recorrer este camino para llegar a la ciudad.

Notas:

- 1.- Primero puso «del pueblo de Judea» y luego lo tachó.
- 2.- Tenía «y glorificamos a Dios», que tachó y substituyó por la entrecorrida del texto.
- 3.- Tachado «la montaña», substituido por «el Monte de las Olivas»



Procesión de «El Paso».



La Magdalena de la parroquia de San Francisco en el salón donde se ornamentaba su trono. (1929)



La Dolorosa de Santo Domingo en su trono actual donado por la Casa Condal de la Vega Grande en 1960, fabricado por los hermanos Rodríguez Sanz en Málaga.

ALONSO QUESADA

CANTO A JESÚS DE NAZARETH.

Jesús: tu mar está sereno ahora.
¡Oh la virtud de tu bendita mano
cuando paro las ondas y pisaban
tus pies sobre el cristal! ...

Tiempo pasado
que fue mejor ... ¡porque no ha sido nuestro!

El silencio en el mar es muy lejano...
Y la quietud azul con oro y rosa
allá... por nuestra alma, que ha llegado
al Infinito en este instante puro...
El horizonte es nuestro anhelo amado
que el alma entera ha recogido, dulce,
la limosna del sol...

¡Ah, cuántos años
frente al mar!... Como ayer, hoy es lo mismo:
el alma se aleja... y se detiene
para contribuir en el ocaso...

Jesús: yo creo en la virtud sagrada
de tus benditas manos.
Para las ondas, como ayer, y ordena
mi sendero cercano.

Yo curaré las llagas de mis plantas
cuando vaya a partir, por no mancharlo;
limpias y azules seguirán las ondas
para aguardar al sol en el descanso...
Jesús: no tengo otro recuerdo fuerte
que esté sobre mi espíritu, que el tuyo.
¡Tiende la transparencia de tu mano!,
que aguardo su piedad en esta orilla
hasta un futuro amanecer, confiado...

SAULO TORÓN

LO QUE IMPORTA.

Mi hermana me reprueba muchas veces:

¿Para qué gastas el dinero, hermano,
en papeles, teniendo como tienes
el traje puesto, que da horror mirarlo?

Yo le respondo: - Hermana, lo que importa
y es menester cuidarlo, es lo de dentro. Lo de fuera...
Acuérdate de Cristo en el Calvario:

¡Sólo un blanco sudario por vestido,
y con los pies descalzos!

EN LA CALLE

III

Ya los fieles se han ido. En la iglesia desierta
el silencio comienza a reinar otra vez;
yo también, lentamente, me dirijo a la puerta...
—El reloj de la torre está dando las diez—.

Es la noche tranquila, brilla el cielo esplendente,
tibio aliento de brisa me acaricia al pasar;
un rumor misterioso llena el sereno ambiente:
¡La oración sin palabras de la tierra y del mar!

Alma mía, despliega la amplitud de tu anhelo,
ve a alcanzar lo que adoras: una estrella en el cielo,
una roca en la playa, una planta, una flor...

¡La verdad pura y sacra bajo el palio infinito,
con la religión única, perpetuando su rito,
la perenne y suprema religión del Amor!

De «Las Monedas de Cobre». Madrid, 1919.



Dos momentos de la escenificación
del «Encuentro» en la
Plaza de Santa Ana.



La Magdalena.





La Soledad de la Portería ante la Catedral de Santa Ana,
en su antiguo trono.

LUIS BENÍTEZ INGLOTT

SONETO A LA VIRGEN DE LA SOLEDAD.

Pasas muda, florosa y enlutada;
y al ver esa piedad con que me miras
sé que ruegas por mí y por mí suspiras;
por mí, que soy ceniza, polvo, nada.

Dame tu llanto, lágrima sagrada,
para salvarme del mundo y sus mentiras.
Yo, pecador, hallo en la fe que inspiras
un consuelo a mi alma atormentada.

El Dolor es contigo, y me arrepiento
de ser causa de él, por tener parte,
pues soy hombre y culpable en el delito
de alzar la cruz, y en mi interior la siento.
Mas su signo se trueca en mí baluarte
y tu dolor está en mi cruz inscrito.



Manto de La Soledad en su trono bajo palio acompañada por Señoras descalzas en señal de penitencia o promesa.

IGNACIA DE LARA

PROCESION DE «EL RETIRO».

Al venerable cura párroco de San Francisco,
Don Antonio Artiles, respetuosamente.

En la noche solemne y silenciosa
como sumida en religioso anhelo,
el clarinete con gemir de duelo
dice en el aire su canción llorosa.

Se ve avanzar la imagen milagrosa,
prendida en las manitas el pañuelo,
y del manto de rico terciopelo
envuelta en la negrura suntuosa.

Bajo el palio magnífico y severo
destaca el porte señorial y austero,
y parece más triste en su tristeza
al vaivén de los cirios la Señora:
¡Esta es la noche en que la Virgen llora...
y esta es la noche en que Las Palmas reza!

9 de abril de 1936.

EL CRISTO DE LUJAN

¡La Majestad de un Dios! Y en doble acierto
el canario buril encandecido,
pudo reunir de amor sobrecogido
la exangüe lividez de un hombre muerto.

Parco de estragos está el cuerpo yerto,
el tropel de las llagas suspendido,
¡y parece más bien un lirio herido
mustio, tronchado, y con el seno abierto!

No le queda ya sangre en esta hora
que el genio del artista conmemora,
porque en su sed de inmolaciones plenas
la fue en cruentas jornadas derrochando:
¡el Amor y el Dolor . . . la fue lanzando
de la reseca urdimbre de las venas!

3 de abril de 1939.



El Cristo de la Sala Capitular, por la calle del Reloj en la mañana del Viernes Santo, en su antiguo trono procesional.



La Dolorosa de la Catedral en su procesionar de la mañana del Viernes Santo.

LA DOLOROSA DE LA CATEDRAL

¡Es el duelo supremo de la vida!
y es llanto cierto el que en sus ojos tiene,
y el que llora en su boca, y el que viene
y le parte la frente sin herida.

La amarga crispación estremecida
en las manos se enlaza y se detiene,
¡sublime aceptación, que ata y retiene
el espasmo de angustia incontentida!

Entre los pliegues del airoso manto,
acaso con temblor y con espanto
se fue el artista al corazón derecho,
y las manos, de amor convulsionadas,
con un solo puñal... dieron al pecho
¡todo el dolor de siete puñaladas!

3 de abril de 1939.



Tres momentos de la procesión de las mantillas
en la primera mitad del s. XX.



JOSEFINA DE LA TORRE

SEMANA SANTA ISLEÑA.

Semana Santa isleña de inefable memoria:
traje nuevo bordado, zapatos de charol...
Ruidosos *triquitraqes* del Sábado de Gloria:
humo de sahumerio, algarabía y sol.

El «Señor de la burra» lleva en alto la mano...
(¡Oh, aquella hermana rubia que murió en la niñez!)
Y «La oración del Huerto» por la calle del Cano:
y «Humildad y Paciencia» con su pálida tez...

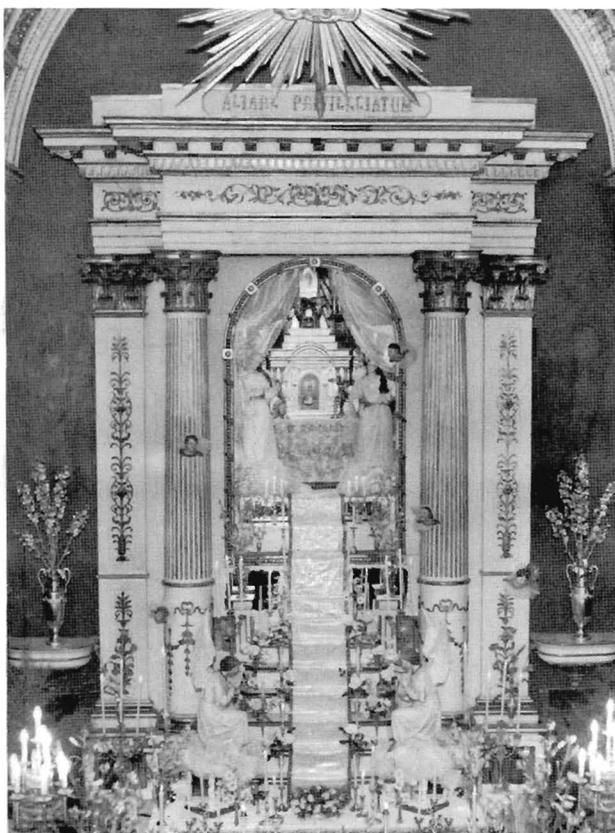
«Señor de la Columna» y el de «La Cruz a cuestras».
Y el gallo de San Pedro; y el dedo de San Juan...
La Verónica triste que el milagro nos muestra...

Por las calles isleñas los *tronos* pasarán
un año tras otro, en la ciudad en fiesta.
Pero aquéllos (¡oh, Bécquer!), ésos... no volverán.

De «*Medida del Tiempo*».



Los «monumentos» el Jueves Santo por la tarde-noche conllevaban un enorme gentío que recorrían los diversos templos de Vegueta y Triana para visitarlos.



DOMINGO DORESTE FRAY LESCO

ANITA CARVAJAL.

¿Por qué me persigue el recuerdo de esta mujer, año tras año, al caer la Semana Santa? ¿Es acaso una dulce obsesión de la infancia? No lo sé. Me da tan poco que decir, que más de una vez he reprimido el deseo de profanar en las cuartillas el pudoroso anónimo de su vida.

Anita Carvajal vivió sin cédula personal y yace bajo la tierra sin epitafio. Como todas las solteras de su generación, conservó el diminutivo de su juventud hasta su muerte, aunque lo merecía también por la delicadeza de su persona y sobre todo de sus manos sutiles, habituadas al bordado y al trato con la seda. Vivió en el barrio del Carnero, aldeaño de la parroquia de Santo Domingo, adonde trasciende el olor de incienso y llegan las notas del órgano. Su mundo eran su casa, su barrio y su parroquia. Hubiera sido un anacronismo encontrarla más allá del Puente, rebozada en su mantilla blanca.

Era piadosísima. Sin embargo en Semana Santa no se la veía escoltando un paso, ni postulando en una mesa, ni formando en una fila; pero sí, como jugando al escondite, en un ángulo de la plaza parroquial que yo me sé, cerca de su casa, para ver la salida de los pasos de la procesión del Miércoles Santo, y sobre todo el de la Virgen. Mostraba por él un interés especial, a saber, el de contrastar una vez más cada año, sin salir del anónimo, su obra. Era aquel momento análogo al de cualquier artista que se recrea en su creación, contritamente. Anita, tan experta en vestir las imágenes de su parroquia, que eran para ella como un patrimonio de su corazón, había sido autora de la toca de la Virgen, y de la posición de la mano derecha de la escultura, que tan sabiamente acentúan la laxitud y abandono de la imagen. Había sido una gran colaboradora de Luján Pérez.

Por eso, al contemplar año tras año la fascinadora obra del escultor, me persigue el recuerdo de esta verdadera figura de nuestra Semana Santa, que se llamó Anita Carvajal. Y por la aureola de su vida, asocio su recuerdo al de aquellas, también anónimas y piadosas mujeres del Evangelio, que presenciaron la Pasión del Señor seguramente desde los ángulos de las plazas de Jerusalén.

Artículo publicado en 1939.
«Crónicas de Fray Lesco». (1954).

EL SEÑOR PÉREZ,

Relativamente tarde caí en la cuenta de quién fuera este señor que mi padre nombraba tanto al paso de cada procesión: el señor Pérez. Debí de imaginar en mi niñez que se refería a un personaje de su época, tal vez conocido suyo, que intervenía en la Semana Santa de un modo singular. Es del señor Pérez, se repetía, y también se preguntaba, al paso de ciertas efigies; y el público clavaba los ojos en ellas como para escrutar algo sobrenatural.

También se solía exclamar a secas: es de Pérez. Evidentemente aquella generación conservaba aún la designación que al personaje se le daba en vida, acogándose al apellido más vulgar y prescindiendo del otro. Parece que han sido las posteriores las que han sabido desplegar los dos: Luján Pérez. Con ellos le ha consagrado en su tierra la posteridad, y se le ha abierto un cancel en la historia de la imaginería española.

Pero, aunque la Historia, la Crítica y la Literatura (acordémonos de Tomás Morales) le presten la atención que se merece, yo no puedo olvidar la pleitesía que rendía su pueblo al señor Pérez, dedicando a cada una de sus obras una glosa admirativa en cada esquina. Por fortuna, las generaciones ulteriores han continuado glosándolas del mismo modo. Luján Pérez cumplió una alta misión para con su pueblo; y convengamos en que los pueblos saben siempre premiar a sus intérpretes, a los que convierten en verbo sus expresiones balbucientes. Luján no creó para que le juzgase el técnico, ni el amateur, ni el gran público, sino libre de toda preocupación crítica, como no fuera la suya personal. En aquel tiempo no había periódicos, ni salones de otoño, ni exposiciones, y el artista trabajaba en las mejores condiciones para sentirse autónomo. Luján, sin embargo, contaba con una exposición permanente, en la penumbra de los templos, periódicamente en la calle, en pleno sol; y con un público: la muchedumbre.

La imaginería es un arte sui géneris, español por más de una razón. Su aclimatación en España obedece sin duda a exigencias de nuestro carácter, sediento de realismo. Es a la estatuaría como la Oratoria a la Poesía. La Oratoria tiende a despertar un estado de ánimo, y requiere por consiguiente espectadores u oyentes. A la Poesía le basta con «expresar» cabalmente un estado de ánimo, y requiere solamente espíritus contemplativos. Esto no quita que, al pasar, se encuentren y se besen en cualquier encrucijada del espíritu. Entonces la Oratoria se exalta, sin que la Poesía se rebaje.

En este tono y en estas encrucijadas han sido creadas la mayor parte de las obras de Luján Pérez. Su alta misión ha consistido en despertar religiosidad, y a la vez marcarla con un sello ¡Y qué religiosidad tan sana, y tan tierna y viril al mismo tiempo, ha sabido suscitar en nuestro pueblo!— cuántas falsificaciones la ha

salvado!—Cuando el Cristo de la Sala Capitular se planta ante su pueblo bajo el arco central del pórtico de nuestra Catedral, al mediodía del Viernes Santo, la apoteosis del artista se renueva. La escultura es como la peroración de Luján. En aquel cuerpo en que han desaparecido todos los estragos del pasado martirio, en que el sufrimiento se ha convertido en majestuosa serenidad, en que la muerte ha respetado todavía la nobleza de la forma humana, se han vuelto a dar el ósculo de amor la Elocuencia y la Poesía.

Se ha dicho—(yo por lo menos lo he repetido)—que Luján Pérez es todos los años el primer predicador de la Semana Santa. Y me atrevo a añadir que el predicador que no sepa glosar, como lo hace el pueblo, el paso de Luján de cada día, no es el orador deseado de Semana Santa; de la nuestra se entiende.

Artículo publicado en 1939.
«Crónicas de Fray Lesco». (1954).



El Cristo de la Sala Capitular, obra de Luján Pérez fechada en 1793.



La Virgen de la Soledad a la salida de la Catedral en su antiguo trono.

CHONA MADERA

**A NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD DE LA PORTERÍA,
veneradísima imagen en mi isla: Las Palmas de Gran Canaria..**

Que cuajado dolor va por tus ojos,
por tu frente, por tu rostro, todo adolorido,
Madre de soledades, que has venido
a llorar por el Hijo Omnipotente.

Porque parte soy de esa simiente,
mírame el corazón; cómo me aflijo
por tan amarga fuente abrir al Hijo
de tu amor y mi amor, de penitente.

Perdón por esas sales de tu llanto.
Perdón por producirte el quebranto.
Por ser parte, en tu pena y en su muerte:
ya que de una cruz su amor pendiendo,

irá en cuantos siglos queden, sean,
a estos sus pobres hijos redimiendo.
A estos también tus hijos: que El te diera
en una triste y trascendente hora...

(En hora sin igual: postrera hora,
en la que manó sangre -de ti, llanto -;
en la que enlutando el aire su agonía,
inútil fue la lanza a su quebranto...)

- Qué crecidas, qué enormes soledades
las tuyas; cómo las siento yo y tus bondades,
Madre de todos los que la han perdido.
Que si el corazón me siento derrumbado,
me siento derrumbado y sin sentido
porque su amor me fuera ya amputado;
fundido veo en tu rostro, si te miro,
refugio del amor desamparado...

Virgen la toda herida, sin puñales;
perdone tu piedad tantos rigores;
los que sufriste e inconscientes, dimos.
Perdón por cuantos dolores te inferimos,
Madre de las más solas soledades...

De su poemario «*Continuada Señal*».



La Dolorosa de la Catedral en la procesión del Viernes Santo.

Los acólitos siempre tuvieron una importancia significada en las ceremonias y procesiones de Semana Santa, que aquí aparecen ataviados con dalmáticas negras a modo de maceros.



Señora ataviada con mantilla canaria a finales del s. XIX.





El Cristo de la Vera Cruz, «la Genovesa» y San Juan en la Parroquia de San Agustín en sus antiguos y pequeños tronos, como era usual en la Semana Santa de antaño.

CLAUDIO DE LA TORRE

EL TAMAÑO DE LA CIUDAD DE LAS PALMAS. (Extracto)

Las procesiones de Semana Santa servían también para medir la ciudad antigua antes de que se prolongara hasta el Camino Nuevo. Lo demás era «Fuera la Portada» fuera de las puertas de la ciudad, y al otro lado estaba el puerto.

..... ..

La ciudad antigua, como decíamos, podía medirse en la Semana Santa con el paso lento de los tronos. Las procesiones iban de convento a convento dando la vuelta al recinto amurallado, y por eso no pasaban nunca de San Bernardo, que era el último monasterio camino de las Isletas.

En nuestro tiempo, San Francisco, Santo Domingo y San Agustín llevaban el peso de la Semana Santa, guiados por la borriquita de la ermita de San Telmo, que iba delante. Cada procesión recorría siempre las mismas calles y llegábamos a identificar las imágenes con los lugares que recorrían. Así, el Señor de la Humildad y Paciencia quedaba fijo en la memoria al bordear la Alameda antigua, bajo el doble palio de los viejos laureles; el Señor con la Cruz a Cuestas regresaba verdaderamente fatigado por la calle del Doctor Chil; la Verónica entraba presurosa en la Catedral porque el viento que subía por la calle del Obispo Codina le arrebatava el lienzo de las Manos. Todo esto se repetía año tras año, y así recordaba la ciudad el límite de sus parroquias.

NOCHE DE VIERNES SANTO

Esta imagen de la Virgen que cruza por las calles estrechas de la ciudad en la noche del Viernes Santo; que ahora se ha detenido junto a la orilla del mar, resguardada de los vientos por las viejas casas de la calle de Triana; que ya de noche se detiene al pie del Risco de San Nicolás, de regreso, fatigada por su inútil andar en busca del Hijo desaparecido, es Nuestra Señora de la Soledad de la Portería, que vuelve a casa.

De retirada, fatigosamente, sube las empinadas calles que la traen hasta la pequeña iglesia que abre sus puertas junto a las flores de una alameda provinciana. La ciudad se agrupa en torno a su Virgen y la acompaña en la noche de su pena.

Las sombras de las calles se van iluminando al paso tembloroso de la imagen. En el cielo se encienden otras luces, y entre cielo y tierra la brisa del mar trae por encima de las blancas azoteas el rodar de las olas. Las puertas del templo, cuajadas de luz, se abren como ofreciéndole el único puerto seguro para su congoja. La Virgen se detiene. Es la última vez que aguardará inútilmente a su Hijo antes de recogerse.

Esta imagen de Nuestra Señora de la Soledad, que va en las últimas horas de su peregrinación por las calles de la ciudad de Las Palmas, es conocida popularmente con el nombre de la Virgen de la Portería por haber estado colocada en tiempos en la que fue del antiguo convento franciscano.

TOMÁS VENTURA. (Canónigo Doctoral)

A LA CRUZ DE CRISTO.

Altar donde la Víctima expiatoria
nos liberó de eterna servidumbre,
tú eres fuente de amor y dulcedumbre,
iris santo de paz, trono de gloria.

Como sagrado emblema de victoria,
Dios te plantó del Gólgota en la cumbre
porque derrames tu divina lumbre
sobre el revuelto caos de la historia.

Y aunque el infierno en torno tuyo ruga
y el orbe entero se desgaja y cruje
jamás su furia a conmoverte alcanza;

tú te yergues inmóvil en la altura
infundiendo a la humana criatura
el aliento inmortal de la esperanza.



«La Genovesa»

El Cristo de la Vera Cruz ante el edificio del Ayuntamiento, en la década de los años sesenta del s. XX.



Procesión del Cristo de la Sala Capitular, a principios de s. XX, al comienzo de la calle Obispo Codina.



VICENTE JIMÉNEZ HERNÁNDEZ

EL CRISTO DE LUJÁN.

Fuego y marfil de la Cruz
para los signos de vida.
La forma canta escondida
en humaredas de luz.

Sobre el dolor de la hora
abrió los brazos el día
al saber que se moría
el diamante de la aurora.

Marfil y diamante llegan
al interior de los ojos
y dan violetas que ruegan
y encienden claveles rojos
apagando los abrojos
en la brumas que nos ciegan.

De su poemario «En la isla de Luz». 1928.



En la década de los sesenta la guardia municipal de gran gala abría el cortejo procesional a caballo.



La corporación municipal entre mazas y en pleno acompañan el Viernes Santo al Cristo de la Vera Cruz

IGNACIO QUINTANA MARRERO

SEMANA SANTA DE LAS PALMAS. (Extracto)

ALCEMOS también nosotros la voz de nuestro Pregón por vez primera. La Semana Santa de Las Palmas también lo exige y con éste de hoy quisiera sentar el precedente para años venideros. Pregón oficial y de encargo el mío, que quiere ver en este Viernes de Dolores no sólo la gran ocasión para ser lanzado por todos los ámbitos insulares, sino también consagrar esta fecha para el Pregón anual. Sépalo la ciudad así, y acepte este nuestro primer Pregón de la Semana Santa de Las Palmas.

A cualquiera extrañaría que a estas alturas, cuando las ciudades semanasanteras de España tienen y han lanzado su Pregón anual, viniera una voz en Las Palmas a gritar el suyo. Pero nunca es tarde si la dicha es buena. Acaso, en el reloj de las coincidencias —esa gracia juiciosa y sin sentido de los imponderables— ésto quiera señalarnos una nueva esperanza para la Semana Santa de Las Palmas. Así, nuestro Pregón de hoy sería, entonces, como una revitalización, como una nueva refluoración de la Semana Santa, como la soñamos todos, severa y serena, sencilla y alada como una plegaria, reposada y llena de gracia.

Pero también una Semana Santa nuestra, celebrando la gloria escultórica del maestro Lujan y la insobornable religiosidad de nuestros padres. Semana Santa que coge y sobrecoge a la ciudad de punta a punta, enseñoreándose y proclamándose dueña del ambiente. Que esa es la principal nota de la Semana Santa de Las Palmas: un ambiente que no sólo perfuma el contorno y hace que hasta el olor de las rosas y los claveles exhalen el penetrante aroma de la liturgia, sino que se hace aire vital metiéndose en los pulmones de las gentes que ya son, viven y se mueven en Semana Santa. Todos habéis comprobado seguramente esta experiencia, porque estoy seguro que sólo aquí, en Las Palmas, se da este fenómeno. El ambiente, sea el que

sea, se entraña tanto en las personas y las cosas, que personas y cosas se identifican ante el acontecimiento, y hay una especie de panenteísmo que circula por las venas de todos como la propia sangre de la vida. En ninguna parte tiene tan poderosa influencia el ambiente como entre nosotros. Y cuando el suceso que lo crea tiene su manifestación directa en la colectividad, entonces, por ese milagro inexplicable y natural de las multitudes congregadas, adquiere unas proporciones de adaptabilidad capaz de las mayores empresas. No es necesario aducir ningún ejemplo, puesto que todos hemos presenciado el fenómeno, ya en lo social, ya en lo patriótico y, especialmente, en lo religioso. De aquí que nuestra Semana Santa tenga ese sello auténtico, legítimo y ortodoxo de la religiosidad. Y sus procesiones sean una prolongación del templo, que va aumentando a medida que acrece la solemnidad de los días. Aunque haya también que afirmar, para los que saben que no es oro todo lo que relumbra, que si alguna quiebra —y la tiene— sufre la metáfora de que las procesiones sean una prolongación del templo, también en éste hay gentes que en vez de pensar y comportarse como Dios manda, son escándalo de tímidos, vergüenza de los creyentes y contortulios del diablo.

Primeros párrafos de su Pregón de la Semana Santa de 1948.

EL CRISTO DE LA SALA CAPITULAR.

Clávame, buen Jesús, junto a tus clavos
Y penetra mis culpas con tus llagas
Hasta que con tu sangre las deshagas
En el quíntuple río en que me lavo.

Quiero ser de tu Cruz un fiel esclavo
Mientras mi sed de amor, Jesús apagas,
Saciando del costado en que me embriagas
El dulce nombre que incesante alabo.

Hazme de tus espinas agujijones
Para mi pensamiento, y mi pena
Llama con la luz de tus perdones.

¡Oh abiertos brazos! ¡Oh llagas abiertas!
Permitidme que suelte la cadena
Del viejo fardo de mis culpas muertas.

Publicada en «El Eco de Canarias». 4 de abril de 1980.

TRÍPTICO DE SONETOS EN LA CORONACIÓN DE NTRA. SRA. DE LA PORTERÍA

I

La muy noble y leal ciudad mariana
Se congrega al amor de tu casona
Y el oro del fervor se hace corona
Para ceñir tu frente soberana.

La visión de la reina castellana
En la isla se encuentra y perfecciona
Y a través de los siglos lo pregona
La humilde portería franciscana.

De aquella franciscana portería
Nació la portentosa romería
Que lleva hasta tu altar honda plegaría

Y mira el rutilar de tu diadema
En donde brilla la encendida gema
Del corazón de la ciudad canaria.

II

Virgen de la ciudad, madre del llanto,
Arrebujada en luto y desconsuelo
Y en las manos la nieve del pañuelo,
Seguimos tu camino el Viernes Santo.

Junto a tu soledad, junto a tu manto
Que cobija el dolor de nuestro anhelo,
Va la ciudad llorando su desvelo,
Va la ciudad vertida en tu quebranto.

Cairasco -lyricen et vates- cante
En su esdrújulo «Templo Militante»
La epifanía de tu sien ceñida

Por la regia corona que Las Palmas
Cinceló con el oro de sus almas
Para hacerte su Reina dolorida.

III

¿Virgen de Soledad dice la gente
Y estás siempre de amor acompañada?
¡Si es que Las Palmas siente, enamorada,
Que es de ti soledad estar ausente!

Juntos en soledad estás presente
Siendo luz invisible y voz callada
Que alumbra y grita, si la sombra errada
En soledad nos turba carne y frente.

Nuestra ciudad mariana y grancanaria,
En soledad contigo, solitaria
No está de tu materna compañía.

Juntos en soledad, reza y espera
Que seas de otra Puerta compañera,
Nuestra Soledad de la Portería.

(1964).



El Cristo de la Vera Cruz y «La Genovesa» en su procesión a principios del s. XX.



MARIANO HERNÁNDEZ ROMERO

LA DOLOROSA DE LA CATEDRAL.

Por las ondas graciosas de tu manto
dulcemente navega tu amargura,
y en tu rostro florece la hermosura,
al florecer la espuma de tu llanto,

A tus labios tributa nuevo encanto
del dolor la divina rasgadura,
y es la luz del amor la que fulgura
de tus pupilas en fuego santo.

En el pecho la espada del martirio
torna todo tu cuerpo como un cirio
con hervores y llamas de volcán.

¡Oh cirio del amor y del dolor,
sólo pudo plasmar tu resplandor
el genio imaginero de Luján!



Tronos de la parroquia de San Francisco para la procesión del Santo Entierro. El Santo Sepulcro, La Soledad, San Juan y La Magdalena y la Cruz Desnuda.



LUIS DORESTE SILVA

A LA DOLOROSA.

Es dulce tu puñal, dulce María,
y su punta me hirió tan dulcemente,
que la quiero clavada eternamente;
déme dolor la dulce Poesía.

Hiéreme más, oh dulce Madre mía,
hiéreme el pecho, hiéreme en la frente,
que a mas puñal tu mano inmensamente
versos en luz eterna me daría ...

Oh, Madre dulce, el lírico secreto
del puñal que me hiere y me da vida
hácese ya dulzura de soneto

por el dulce milagro de la herida.
¡En tu panal, oh Madre -graves, tersos-,
mi Vía - Crucis de catorce versos!

CANTOS SENCILLOS DE INVOCACIÓN

I

Vivo en el viejo sueño de tu huerta
con la oración del fraile bien plantada,
y la nervuda mano que a la puerta
llama del Convento en la alborada.

Vivo en tu cara a mi ternura abierta
el milagro auroral de tu arribada;
Capitán cuya nave nos despierta
en un sueño de Virgen Enlutada.

Vivo el mágico viaje, vivo la tormenta,
con una dama a bordo misteriosa,
suspiro oculto que el periplo alienta,
bajel de gloria recto a su destino,
vivo el instante aquel, vivo el divino
decir « es Ella esta mujer hermosa»...
¡Y el caer de rodillas del marino!

II

Guardiana Virgen de la Portería
que el puerto celas, mar nuestro camino,
en tu ribera aguardo, madre mía,
de ochenta largos viajes peregrino.

Sangre longeva en fuente de aquel día,
bebida eterna de Castilla al sino,
cuando el Real la Reina recibía
que en rostro y manto de Isabel nos vino.

Madre de Dios eras la Enviada,
vela tu manto y brisa de partida,

vida de nuevos mundos tu llegada;
volaba Gran Canaria dando vida,
vuelo en la anchura azul de tu mirada
vuelo en tu suave lágrima encendida,
vuelo del alma en Cristo derramada;
¡hoy tu corona a nuestra paz ceñida
tiene a tus pies la Historia arrodillada!

III

La evocación suma

Eres como un perfume de la infancia,
de rosas de los Viernes de Dolores,
para siempre en el alma la fragancia
cuando a tus pies dejábamos las flores.

Terciopelos de luto tu prestancia,
lloraban tu dolor nuestros mayores,
y era de dulcedumbres la abundancia
de madre a madre el círculo de amores.

Azahar de José, novia intocada,
con ansiedad aprendimos la balada
el alba de Belén, tu sufrimiento,
Madre sublime ante la Cruz postrada;
una Reina soñó con tu Embajada
mañanita de asombro en el Convento;
azahar de José, novia intocada,
que eres paz, salvación, arrobamiento,
¡nuestra infancia de Viernes perfumada,
nuestro perdón del último momento!...

(1964)



El Santo Sepulcro a la salida de San Francisco en los años sesenta del s. XX.



El Señor en el Huerto de los Olivos y el Señor de la Humildad y Paciencia en la procesión magna de la tarde del Viernes Santo en los años noventa del s. XX.

MARÍA DEL CARMEN BARBER

A LA SANTÍSIMA VIRGEN DE LA SOLEDAD.

Eres rosa de pálida blanca
Marfileña... sumida en el quebranto
De un pesar que te hiere tanto y tanto
Cual mar tempestuoso de amargura...

¡Virgen Santa! Tu celestial figura
en la tarde sin par del Viernes santo
se lleva entre los pliegues de tu manto
la compasión de toda criatura.

¡Hay un dolor inmenso en tu mirada...
¡Tan hondo es ese abismo... cual ferviente
es el amor de tu alma torturada!

¡Y llevas en tus labios dibujada
el ansia de besar aquella frente,
con crueles espinas traspasada! ...

(Semana Santa de 1964)



Tres imágenes de la procesión del Santo Entierro en la primera mitad del s. XX, por la Alameda y la calle Muro.



ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO

MIÉRCOLES SANTO.

Que dellas quiere tener
la Verónica su ramo,
y para llevar prendida
una rosa sobre el manto
extiende paño de lino
sobre el rostro sacrosanto.

En la plaza de Santa Ana
ya lo estaban esperando,
y el obispo lo bendice
desde el balcón de palacio.
El encuentro celebrase
ya como todos los años:
la Virgen llorando sola
el silencio de los nardos
y San Juan que la acompaña
a la catedral entraron.

VIERNES SANTO

¡Y el Cristo Capítular
sobre los blancos mosaicos!
Siete rosas sin corolas
Por darle sangre a los clavos.

La Virgen de los Dolores
De lejos lo está mirando.

¡Ay, alameda,
que chiquita te me quedas!
¿Por qué las luces sonaban
de tan extraña manera?

De su libro: «La Isla». 1979.

JOSÉ MARÍA MILLARES SALL

PLAZA DE SANTA ANA

(Vegueta - Siglo XVIII)

A Néstor Alamo.

PLAZA de Santa Ana,
tendida,
como un mar de palabras,
de versos,
de sílabas y flores,
como el viento sobre el piso
que alfombra con sus alas las palomas.

Plaza,
plaza de arrullos,
campanas y repiques,
que eleva sus ojos a los cielos
y los tiende sobre el mar,
bajo las montañas radiantes
de ternura,
donde las manos del aire
las cubre de palmeras,
de limpias,

circulares esmeraldas,
bajo la firme vigilancia de unas torres
que suben a lo alto
del espacio,
donde se escucha
el mágico rodar de las estrellas;
y están los perros,
alertas,
fijos guardianes del tiempo,
donde acuden los niños con sus juegos,
sus risas,
su inocencia volando hacia la vida.

Fue entonces
cuando estallaron cientos de miles
de pájaros,
rompiéndose en el aire,
cegando el cielo con sus plumas,
acudiendo a nuestros ojos
los sueños,
las desgarradas,
visionarias nieblas, otros siglos,
junto a un tumulto de oscuros sombreros,
levitas,
elevados bastones,
y tocas,
y humildes mantillas.

Otros seres
que ahora dialogan con el tiempo,
este día,
cuando los santos
subidos en sus tronos,
con sus trajes de fiesta,
se van

a pasear por las calles
el aroma de la isla,
sus flores,
el olor encendido de los cirios,
con los monaguillos
corriendo,
sembrando sahumerio,
rompiendo con sus piernas el aire,
como enloquecidos,
delante de los Inquisidores
que se fueron tras ellos,
a golpear con sus voces a los incrédulos,
a sembrar sus tribunales,
sus desgarrados lutos,
sus cantos,
sus terrores, amenazando,
culpando a la multitud de apostasía,
arrancándole a la mañana
su radiante blancura,
ennegreciendo las calles,
cubriéndolas de eternas
y sangrientas noches,
atropellando a los niños,
y a las ancianas
que corrían tras sus vírgenes,
porque ellas pensaban
que el diablo,
aquellas encrespadas y rugientes llamas,
las fruncía la boca,
les retorció el mentón,
las desdentaba,
las zarandeaba de aquí para allá,
cuando los colores tan negros
y atormentados
de los Inquisidores

las amenazaban con meterlas
en el infierno de sus turbias envolturas,
con sus severas disciplinas, sus reglas.

Y entonces las mujeres
se persignaban,
se encogían de miedo, pobres,
pobres viejas,
y rezaban,
rezaban hasta el cansancio,
y clavaban sus rodillas
sobre las frías baldosas,
sobre las tumbas de los templos
que guardaban a sus muertos, sobre cruces
y sombras,
y fechas carcomidas por los siglos,
cuando los cuervos, tristes,
siniestras sombras,
se fueron tras los santos,
empujando,
atropellando a los fieles,
sobre las calles que a llantos
se rompían,
se estrujaban,
crujían sobre las duras piedras
que ocultaban a sus antepasados.

Y las aceras,
las paredes, unas contra otras
aplastándose,
cubriendo con sus escombros
los portales,
las ventanas.

Y los airados balcones
por donde se salían a gritos,
despedazados,
los rezos.

Y los santos,
con sus tronos, sus estandartes,
huyendo,
enloquecidos, de un lado
para otro.

Y las vírgenes
con sus mantos constelados, sus manos
extendidas, implorando
a los cielos,
corriendo hacia las puertas de la catedral,
que se abrían,
inmensas,
para dar paso a los fieles
que huían escapando del fuego,
de aquellos que pedían
la gloria,
el paraíso, con sus látigos
de muerte,
sus potros manchados de macabros difuntos,
para así escapar
del infierno que habían creado,
de la carne que les quemaba,
como un ascua,
las entrañas,
sus rabiosas conciencias,
con sus trajes tan negros,
sus dedos crispados,
levantados,
arañando las hogueras

tejidas por las olas de los fuegos,
cuando el perdón
no les llegaba a los labios,
no sabían decirlo,
convertirlo en palabra,
en vuelo hacia la vida,
encenderlo,
hacerlo realidad
en el inmenso mar donde sueñan
las campanas de Vegueta
con volver
a la plaza, a rodar
con Santa Ana,
con sus hijos,
hacia la luz,
repicando,
desde lo alto de las torres.

Y ahora que el tiempo,
con sus siglos pasados,
se ha perdido en la bruma,
como una pesadilla,
como una sombra
que se fue para siempre de la historia,
podemos contemplar a la ciudad
—sus campanas,
sus perros, su plaza—,
inmensa,
a salvo,
tendida bajo el sol vigilante
de los ojos del niño
que en sus juegos,
junto a un mar de palabras,
versos,
silabas y flores,

con su luz y su inocencia,
del brazo de la paz,
eternamente, nos la ilumina.

De «En las manos del aire. (Vegueta y otros sueños)» 1989



El Señor en el Sepulcro, el Cristo Atado a la Columna y la Virgen de la Soledad en distintos momentos de su paso por el antiguo «Puente de Piedra» a comienzos del s. XX.



JOAQUÍN ARTILES. CATEDRÁTICO

LA PASIÓN DE CRISTO EN LOS TRES PRIMEROS SIGLOS DE NUESTRA LITERATURA.

No es difícil rastrear en nuestra literatura medieval el tema abundante de la Pasión de Nuestro Señor. Sólo esta razón de facilidad y no precisamente el placer de lo arduo (imposible en esta tarea intensiva de las jornadas escolares) me decide a ello. Porque hay un hilo pasión que enhebra fuertemente muchas cuentas de este rosario maravilloso que comienza el anónimo juglar de Medinaceli.

Comencemos, con la gracia de Dios, por donde comienza nuestra historia literaria: por la épica cidiana. Con razón escribe Valbuena Prat, en «El sentido católico de la Literatura Española» que «en la epopeya castellana —de tema recio, heroico, de armas y de lucha— el catolicismo asiste, sencillamente». Esta presencia de lo religioso en nuestra epopeya primitiva no es, ciertamente, retórica y suntuaria, sino sustantiva y honda; Mío Cid no esquiva, es verdad, el ademán religioso, pero, al igual que en lo heroico, prefiere la acción al ademán. Y no falta, desde luego en el poema el tema de la Pasión del Señor. En la oración que hace Doña Jimena en Cerdeña «por mío Cid Campeador, que Dios le curie de mal», el juglar dedica once versos a la crucifixión de Cristo y a la leyenda de Longinos:

«A los judíos te dexeste prender:— do dizen monte Calvario pusieronte en cruz— por nombre en Golgotá; dos ladrones contigo— estos de señas partes, el uno es el paraíso,— ca el otro non entró allá; estando en la cruz,— virtud fezist muy grant: Loginos era ciego—que nunca vido alguandre; diot con la lanza en el costado,— dont yxió la sangre corrió por el astil ayuso.— las manos se ovo de untar, alzólas arriba,— llególas a la faz, abrió sos ojos,— cató a todas partes, en ti crovo al ora, por end es salvo de mal».

Esta leyenda de Longinos la encontramos también en oraciones de los poemas franceses Fierabrás, Ogier, Gui de Bourgogne, Siege de Nárbonne... Menéndez Pidal ha demostrado la relación de la oración de doña Jimena con estas oraciones narrativas de los poemas franceses.

La Biblioteca de Autores Españoles publica en su tomo LVII el «Libro dels tres Reis d'Orient», poema de fines del Siglo XII, escrito en pareados de arte menor. Aunque el asunto no es de pasión, sin embargo, en la huída a Egipto, al recogerse la leyenda de Dimas y Gestas, hay una alusión afortunada al tema de la Crucifixión:

«Dimas fu salvo
e Gestas fe condapnado,
Dimas e Gestas,
medio Divina Potestas».

Pero el primer poema enteramente de Pasión en nuestra literatura es de Gonzalo de Berceo y lleva por título «Planto o Duelo que fizo la Virgen el día de la Pasión de su Fijo Jesu Christo». Abundan en este poema los pasajes de intensa fuerza emotiva. Hay un momento de lograda plasticidad en que la Virgen se empina al pie de la cruz y estira los brazos, codiciosa de pegar su boca con la boca y las manos del Hijo crucificado:

«Abrazaba la cruz hasta do alcanzaba,
besábali los pieder, en esto me gradaba,
non podie la boca, ca alta me estaba,
ni facía las manos que lo más cobdiciaba.»

Leyendo esta estrofa parece como si el ritmo lento del verso alejandrino se retardara intencionadamente para hacer más moroso el regusto dolorido de la Madre. Hasta la presencia de los grupos fonéticos br, gr y bd y la frecuencia de los lentos sonidos labiales y de la grave dan a este tetrástrofo un tono tardo plenamente conseguido. La misma lectura del verso segundo —»besábali los pieder, en eso me gradaba»— parece que exige un ritmo pausado para que el lector se grade también con el beso de la Madre en los pies del Crucificado.

Por el testimonio del Rey Sabio sabemos que no hubo propiamente, en el amanecer del teatro religioso castellano, un auto dramático específicamente de Pasión, sino más bien de Resurrección. Después de hablarnos el Rey Sabio de los «juegos de escarnio» de que los clérigos no «deben ser fazedores», no dice textualmente: «Representación ay que pueden los clérigos fazer así como de la nescencia de nuestro Señor Jesu Christo.. E de su Resurrección que muestra que fué crucificado e resucitó al tercer día. Se representaba, por lo tanto, la

Pasión de Cristo, pero - no aislada, como tema central y único del drama, sino en función de su resurrección gloriosa. Es posible que esto responda al cambio de actitud ascética que nos trajo el goticismo en la Baja Edad Media. No olvidemos que el teatro religioso primitivo, además de su finalidad suntuaria, tuvo también una finalidad catequística y que debió ser algo así como la forma plástica del sentir ascético. Porque antes, en la Alta Edad Media-, el ascetismo fué bien distinto y las representaciones también, El ascetismo era entonces silencio, ayuno, clausura; los cuerpos, escuálidos y flacos, sin fuerza para erguirse y levantar los ojos al cielo, se inclinaban entonces con humildad de polvo; ascetismo de silencio y de ojos bajos, ascetismo de las catedrales románicas, de techumbres bajas, tenebrosas, sin para mirar al cielo, con las torres truncadas porque se piensa más en Cristo humillado y encorvado bajo el peso de la cruz, que en la gloria clara y erguida de la Resurrección. En cambio, en la Baja Edad Media el ascetismo se hace carne rota de flagelos; a la clausura y el ayuno se prefieren los cilicios, los azotes, las carnes heridas y sangrantes. Se aspira, es verdad, con más justeza que en el alto medievo, a crucificar nuestra carne pecadora con Cristo crucificado; pero se levantan también las frentes y se empinan los cuerpos en esperanza vertical de gloria. Es el ascetismo de las catedrales góticas con sus torres menudas frágiles como cuerpos de piedra macerados, como carne llagada de penitentes pero que se esfuerzan hacia arriba en limpias líneas de resurrección.

Y llegamos al Siglo XIV aburguesado y blando, sin fibra ascética, de moral ancha y fácil, siglo de Decamerones y Cuentos de Canterbury, de serranas y troteras. En este siglo, y en su poema más representativo «El libro del Buen Amor», no podía faltar, en fuerte contraste, el tema de la Pasión del Señor. Ni el de Hita ni Jean de Meun intentan, digan lo que digan, llevar a los hombres del *tole amor al bone amor*; pero por el libro de Juan Ruiz circula una vena escondida de religiosidad que surge a ratos ya en la «Oración que el Arcipreste hizo a Uios quando comenzó este libro suyo», ya en los «Gozos de Santa María», ya en los autos «De la Pasión de nuestro Señor Jhesuxristo»

En los Gozos elude siempre la alusión dolorosa:

«Alegrí quarta e buena
Fué quando la Madalena
Te dixó gozo syn pena:
Qu'el tu fijo vevíá.»

Pero en los cantos de la Pasión hay un afán detallista al contarnos el drama del Calvario:

«En su faz escopieron,
Del cielo claridat,
Espinass le pusieron
De mucha crueldat,
En la cruz lo subieron,
Non avían piadat...
Con clavos l'enclavaron
Las manos e pies dél,
La su set abrevaron
Con vinagre e con fiel...
En cruz fué por nos muerto,
Ferido e llagado,
E después fué abierto
D'ascona su costado...

Con esta cita del Arcipreste damos por terminado este inventario poético de la Pasión de nuestro Señor en los tres primeros siglos de nuestra literatura. La enumeración puede, sin duda, acrecentarse, pero nuestro propósito no es exhaustivo. Hemos intentado solamente sacar al comentario público unos cuantos hechos literarios sobre los Misterios se celebramos en estos días.

LUIS GARCÍA DE VEGUETA

SEMANA SANTA.

Nuestra Semana Santa nunca tuvo demasiado relumbrón de fiesta sacra ni ese aparato de cofradías con capirote del folklore nacional de la muerte. Fue, eso sí, una Semana Santa apañadita, casi íntima, que la gente se gozaba desde dentro, metida en la procesión y no contemplándola como un espectáculo.

(Según cuentan los cronistas de la mitad del siglo anterior nuestros abuelos dulcificaban la cuaresma con jícaras de chocolate y ciruelas en almíbar. Cuando llegaba la Semana Santa las damas y caballeros asistían a las procesiones con sus mejores galas, como un prelude de los «corrillos de amena tertulia» en plazas y paseos, hasta la ceremonia final del Sábado de Gloria en el recinto de la catedral con un diluvio de aleluyas que caían desde el cimborio para regocijo de la multitud al recogerlas.)

Ya en tiempos de nuestra niñez, la época de los trompos y cometas, la gente había adquirido consciencia de la Semana Santa, viviéndola con cierta humilde compostura. Las cofradías del siglo XVII habían desaparecido, y su cortejo de plañideras y penitentes, y el pueblo se identificaba con las procesiones como parte integrante de su liturgia. Mucha gente llegaba del interior, de los más apartados rincones de la geografía insular: los trajes de color alegre de las campesinas y la severa vestimenta de los hombres, con la clásica cachorra negra, eran un obligado y entrañable tributo a la tradición.

La procesión de los palmones y palmitas, con un Jesús de merengue olotino sobre la burra, abría desde la ermita de San Telmo la Semana Santa isleña. Luego venían las imágenes de Luján; los floridos sermones del canónigo Azofra; el Encuentro en la plaza de Santa Ana, entre motetes y nubes de incienso; el paseo nocturno de la Virgen de la Soledad a la luz de las bengalas. Y surgía, por último, el Sábado de Gloria.

El Sábado de Gloria era una fiesta para la chiquillería de la ciudad. A media mañana —como una gran explosión— sonaban al unísono las campanas de la catedral y de las iglesias, las bocinas de los coches y las sirenas de los barcos. Y llegaba el momento esperado: un tranvía, después del largo silencio de la Pasión, pasaba por la calle Triana haciendo estallar los triquitraques que los chicos habían colocado en los railes.

Así terminaba la Semana Santa, y los campesinos volvían a sus tierras y sus trabajos.

Y hasta el año próximo.

LAS NUBES Y EL TIEMPO.

Elegía serena. (Extracto)

El barrio antiguo, en nuestra ciudad, con sus espadañas y balcones de madera, tenía un aire monástico y nobiliario. Había hornacinas con santos de piedra, y escudos sobre los portales. A veces pasaban los seminaristas, pálidos mancebos con manto y beca de colegiales. Marchaban en grupo, como un asustadizo bando de palomas, y dejaban tras de sí una estela con aroma de avemarías. En los balcones había muchachas con sombras violetas en los ojos. Las campanas de la catedral destilaban gotas sonoras sobre el pavimento de la plaza de Santa Ana. Mi padre, durante mi niñez, me llevaba a esta plaza para ver la procesión del Encuentro. Era el Miércoles Santo. Recuerdo esta escena entre las brumas del tiempo ido, San Juan y la Virgen, con sus cortejos, se encontraban —venían por sendas distintas— junto a los palacios del obispo y del regente de la Audiencia. Un grave vozarrón de sochantre se alargaba y encogía sobre el contrapunto de una música de órganos lejanos. La Virgen llegaba frente a San Juan y le preguntaba, con mudo anhelo, por el paradero de su hijo. San Juan no sabía responderle. Pero, sí; sí le respondía. Porque yo, en mi interior, escuchaba el callado diálogo de San Juan y la Virgen, y mientras los pasos estaban frente a frente, veía cómo aleteaban los labios de las imágenes y se contaban sus cuitas y dolores. La Virgen lloraba su serena tristeza, y San Juan la consolaba con palabras de resignación ante los mandatos del Altísimo. Cuando la ceremonia concluía, San Juan y la Virgen, entre nubes de incienso, continuaban su peregrinaje, y mi padre y yo seguíamos detrás de ellos confundidos con la muchedumbre.

(1945).



La Virgen de la Soledad siempre procesionó arropada por miles de fieles en medio de una enorme devoción.



La Virgen de la Soledad por la Alameda, la calle Obispo Codina y delante de la Catedral en tres épocas distintas.

MARÍA DEL CARMEN FRAGA GONZÁLEZ

SEMANA SANTA EN LAS PALMAS. (Extracto)

Al llegar las festividades que el orbe católico celebra durante la Semana Santa, el ánimo se calma, el espíritu se ilumina y la ciudad se convierte en una momentánea Jerusalén, porque ante dichas jornadas caben dos posturas, la participación o la huida, pero sucede que esta última no se alcanza al continuarse los actos litúrgicos en as distintas poblaciones, de modo que el ambiente exterior, quiérase ó no, se va contagiando de un clima de sosiego propio de estas solemnidades.

Lo cierto es que esta situación no es nueva, sino que a lo largo del tiempo se ha ido repitiendo. Ha habido un movimiento constante de aproximación a la figura de Cristo en su pasión, acercamiento de carácter geográfico o bien histórico. El traslado a la bíblica Judea continúa estando restringido a grupos poco numerosos de personas, de ahí que las conmemoraciones se reproduzcan en los lugares cotidianos en que residen los cristianos.

UN CANARIO EN TIERRA SANTA

No obstante, uno de esos escasos viajeros fue un canario que, en 1595, estando en Roma, partió para dichos lares. Este hombre fue Juan Ceverio de Vera, quién vio la primera luz en el barrio de Vegueta y escribió un libro, «Viaje de la Tierra Santa» (...).

NUESTRA CELEBRACIÓN

Relatos como éste fueron verdaderos acicates para aquellos que no podían marchar a los santos lugares, pero deseaban con memorar litúrgicamente la Pasión. Ya que no era factible la aproximación geográfica, al menos sí lo era la histórica mediante a reproducción de las escenas sacras. Surge así la «Semana Santa» en Las Palmas, en el Archipiélago en general, pues no bastaba con el texto escrito, en una época en que la lectura estaba vedada a grandes sectores de la población. La música y las artes figurativas se aprestan y coadyuvan en la preparación espiritual de los residentes en la urbe.

En la Catedral los músicos preparan el acompañamiento preciso para dichas solemnidades. En el siglo XVI, el maestro de capilla Ambrosio López realiza el salmo «In exitu Israel de Aegypto» y el Oficio de Semana Santa. En la siguiente centuria Melchor Cabello hace la mayoría de los versos de las cuatro pasiones (San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan), interviniendo posteriormente en ellas los, maestros Manuel Tavares y Diego Durón. Todavía en el siglo XIX, el compositor Eugenio Domínguez Guillén, descendiente de un músico grancanario, envía desde Madrid para su parroquia de la Concepción de La Laguna una obra, «Recordatus est Petrus», para ser cantada el Martes Santo.

LAS PROCESIONES

Paralelamente, surgen también las procesiones, en las que las figuras escultóricas de Cristo, María y los demás participantes, salen a las calles de Las Palmas. Se forma la del Viernes Santo, con la Virgen de la Soledad de la Portería, que parte del convento franciscano. Orden que organiza además la del Señor en el Huerto, del Lunes Santo. Pronto los dominicos reaccionan en el mismo sentido: el Domingo de Ramos la Hermandad del Rosario dispone el paso del Señor Predicador y e Miércoles Santo el de Jesús con la cruz a cuestas. Por su parte, lo agustinos, ya en el siglo XVIII, se incorporan a los fastos piadosos mediante la presentación de Cristo, su Madre y San Juan Evangelista, que constituyen la tradicional Déesis.

Las Ordenes religiosas son, por consiguiente, grandes propagadoras de los cultos de la Semana Santa, más no las únicas, pues las ermitas y parroquias colaboran con sus imágenes en el auge adquirido en Gran Canaria; así, la procesión del Santísimo Cristo la Vera Cruz se relaciona con ermita de ese nombre que construyó cerca del mar. El primer templo de la Diócesis, la Catedral, es, en todo caso, espejo hacia el que miran los fieles para las funciones sacras, desarrollándose el Viernes santo la procesión del santo Crucificado y la Virgen de los Dolores. (...).

De su Pregón de Semana Santa en Las Palmas de Gran Canaria.
Catedrática de Arte de la Universidad de La Laguna.

FRANCISCO MORALES PADRÓN

EL PENÚLTIMO MILAGRO.

A Jesús, de acuerdo con el Evangelio de Marcos, no le agradaba que se proclamasen sus milagros, tenidos por hechos extraordinarios. Desde el momento que es apresado y los discípulos desaparecen, Cristo no realiza portentos. Ninguno de los once amigos sería testigo del último signo que Dios hizo a través de un prodigio sólo captado por el beneficiario y fruto de nuestra imaginación: Simón de Cirene.

Venía Simón de la granja que siempre fue de la familia, acompañado de sus hijos Rufo y Alejandro. Era viernes, y tal día los rabinos aconsejaban terminar las tareas al medio día, antes de iniciar el descanso sabático. Todavía les acompañaba el olor de la tierra, la frescura del huerto, el rumor del agua de la acequia o caída de los arcaduces de la noria tirada por una paciente camella. Habían descansado un rato comprando determinados alimentos, y se disponía Simón a gritarle al animal la orden para que se incorporase y prosiguiera la marcha, cuando un rebullicio de voces llenó todo el espacio. Los mercaderes más cercanos se subían el turbante y gritaban señalando hacia el fondo de la estrecha calleja adornada con algunos arcos. Espoleado por la expectación, detuvo el gesto y la voz. Los hijos, uno de ellos con el cabestro del animal en la mano, se situaron a los costados del padre. Entre la turba avanzaba una comitiva, precedida por un piquete de soldados romanos. Los mandaba un centurión a caballo. Seguía una procesión de curiosos y tres reos sentenciados a crucifixión, que para ejemplo y escarmiento desfilaban por la ciudad hacia más allá de las murallas. El sol del mediodía caía inmisericorde sobre un gentío formado por sacerdotes, comerciantes, fariseos, campesinos, andrajosos desposeídos, mujeres, niños, forasteros, perros y toda una plebe morbosa que se descolgaba de los callejones vecinos obstaculizando la marcha del cortejo. Los pretorianos despejaban el camino rudamente.

Simón, Alejandro y Rufo distinguieron a los tres reos portadores de cruces. El que vestía túnica blanca exhibía un rostro desfigurado por moretones y sangre cuajada. Apenas podía con el madero. Estaba al borde del desfallecimiento. El centurión, rompiendo a la masa humana con el caballo que montaba, retrocedió y propinó varios latigazos a los dos condenados que precedían a Jesús. Blasfemaron al sentir los golpes. Se disponía el jefe de la cohorte a azotar al llamado «Rey de los judíos» cuando este cayó agotado. El patíbulo levantó una nube de polvo que ocultó la estampa del postrado en el suelo. Por instantes cesó el griterío de la muchedumbre que retrocedió entre espantada y jocosa. No era la primera caída.

El centurión se bajó de la montura y alzó a Jesús con la ayuda de otros milites. Mirándolo a la cara comprendió que la vida se le escapaba por los ojos y que no llegaría vivo al lugar del suplicio. Subió a la cabalgadura y, desde lo alto, oteó en torno reparando en el hombre de Cirene de rostro tallado y aparentemente fuerte. El legionario repasó con la mirada a la plebe en torno y la detuvo de nuevo en Simón, el cual sintió que se le encogía el corazón y que el viejo dolor que le producía la escoliosis retornaba con más fuerzas. Ansió encontrarse entre la verdura y la paz de sus bancales, adormecido por el balar de los recentales y el frescor del hontanar de su huerto. La voz del romano rompió el ensueño. Había vuelto a bajar de la montura y, sabedor de que como funcionario imperial le asistía el derecho de obligar a cualquier persona, en caso de necesidad, a un trabajo forzoso, prendió a Simón de Cirene por un brazo y le ordenó: «Cárgala tú». No hacía falta que le especificara lo que tenía que cargar. Simón miró a la chusma que les rodeaba y esbozó un amago de resistencia, asqueado de verse humillado a portar aquel madero impuro, pero el romano ganó en el forcejeo y el hombre de Cirene, dócil, levantó la cruz sin atreverse a mirar al condenado cuyo hombro llagado había dejado una marca sangrienta en el travesaño. En medio de ráfagas de gritos y voces de mando prosiguió la marcha. Simón, pese a caminar detrás de Jesús, continuaba sintiendo su mirada; la percibía más que el peso de la cruz en contacto con su hombro justo donde había estado el del Galileo.

Cuando llegaron al Gólgota, los ojos plenos de padecimientos, dulces y agradecidos de Cristo se cruzaron con los de Simón Cirineo. Este sintió que los males de la columna vertebral acababan de desaparecer para siempre y que su vida ya, también para siempre, caminaría detrás de aquel Hombre.

¿Qué fue de Simón de Cirene? San Marcos lo identifica con el padre de Alejandro y Rufo, cristianos conocidos en Roma, y San Pablo saluda a un cristiano distinguido llamado Rufo, que bien pudiera ser uno de los hijos de Simón. Si fuera verdad eso, podemos fabular, el destino de aquel judío, que, un día inesperado de su vida, fue compelido a ejercer una tarea que, humillándole, sirvió para llevarlo al Reino de Dios.

Del libro «Verdad y fabulación sobre Jesús de Nazaret» - (2008).

JUAN JOSÉ LAFORET

LA SEMANA SANTA DE VEGUETA Y TRIANA.

Vegueta y Triana florecen en todo su esplendor, estos días de la Semana Santa, como un auténtico corazón pétreo de Las Palmas. Un corazón que palpita con intensidad en el sentir y las vivencias de nuestros conciudadanos, como ha venido ocurriendo generación tras generación desde hace siglos; casi desde los mismos días fundacionales, cuando frailes dominicos y franciscanos fomentaron el culto público de la Pasión de Cristo.

Y este corazón de Las Palmas recibe, en sus dos barrios históricos, Vegueta y Triana, a modo de aurículas de un mismo órgano, la sangre de los sentimientos de sus habitantes, con la que riega de vida y de memoria ese tesoro de antiguas iglesias y conventos que guardan en su perímetro ese reguero de calles y plazas cuyos nombres son auténticos capítulos de nuestra historia, el compendio de un ámbito urbano que, en pocos días, quedará nuevamente transformado en el más adecuado de los escenarios para la representación de la Pasión en la Semana Santa isleña.

Y surge aquí la leyenda. Vegueta y Triana son estos días, más que ningún otro, barrios de quimeras.

Téngase en cuenta que la leyenda de un barrio puede ser sus gentes y sus hechos, sus acontecimientos y sus tradiciones, pero sobre todo el mito de un barrio reside en su ambiente. Y estos días de Semana Mayor, de Semana Santa, Vegueta y Triana, con su singular y personal ambiente, despiertan en todos nosotros, en la inmensa mayoría de sus visitantes, la evocación de su leyenda de siglos, que aparece tan viva y palpable como suena el paso quedo y constante de los costaleros en el angosto silencio de los callejones, cómo reluce en la

tiniebla fría de la medianoche la candelera de un Cristo moreno que sale de su pequeña ermita vegueteña, cómo brillan al sol del mediodía, bajo un toldo de palmeras, cientos de mantillas blancas, o cómo camina silente La Soledad bajo los laureles centenarios de La Alameda, que cierran sus frondosas copas para abrigar esa noche del Viernes Santo su camino del retiro resignado, del más grandioso y fecundo de los dolores.

Leyenda y ambiente. El corazón de Las Palmas parece estos días de Semana Santa quedar cerrado en sus, extremos, dentro del límite de las viejas murallas en las que se clausuraban Vegueta y Triana. Parece como si de nuevo quisieran permanecer cerrados para protegerse en ese ambiente tan personal, en esa epopeya única y sugerente que se mantiene pura, casi con el aspecto de antes, del que siempre quiso y siempre tuvo.

Por ello, recordaré siempre algunas escenas de este tiempo, soñadas o vividas, lo mismo da, como la que pude observar en el recoleto deambular de Semana Santa por una de esas viejas plazoletas. Era una noche isleña en la que la luna, al rielar por el azul inmenso, se miraba en el espejo de la fuente de piedra. Sobre la taza, el surtidor rimaba su eterna canción en el rosario de sus líquidas perlas, que eran lágrimas deladoras de una Dolorosa en su soledad, de nuestra Virgen de la Soledad camino de su retiro en el templo del viejo y trianero convento franciscano.

O como, desde la difícil época de los años ochenta del pasado siglo, con la Real e Ilustre Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de la Esperanza, la «Esperanza de Vegueta», la noche avanza serena, fría en la brisa limpia que llega desde la marea, convirtiendo a todos, según decía el poeta, en costaleros de sus creencias en esta madrugada de procesión silente.

Y en todo esto, seguro que en mucho más, reside la íntima persuasión legendaria que da a nuestra Semana Santa, a nuestras procesiones, su peculiar carácter.

Así, en el aire suave del clima isleño en primavera, cualquier día de nuestra Semana Mayor, pude siempre comprender que esta Semana Santa de Las Palmas tiene también una palpable y atractiva singularidad. Es más, si cada pueblo tiene una forma diferente de comprender y expresar la pasión de Cristo, la del nuestro es esta que pudo, y puede hoy también, considerarse de las mejores.

Me remito a esa bella y sencilla manera de comprender las escenas de la Semana Santa, en la que, sin faltar la pompa y la majestad exigible a todo cortejo procesional, con un rico conjunto de formas artísticas en imágenes, tronos, candeleras y otros enseres propios de estas manifestaciones, su magnificencia reside en que Cristo, junto al dolor de su amantísima Madre, está en la meditación y el recogimiento de los fieles

grancanarios en su Semana Santa. Ellos comprenden, en el marco de estos pétreos escenarios vegueteños y trianeros, la pasión de Cristo y se dan cuenta exacta de su cruento sacrificio. Y del otro dolor, el de la Madre.

Y aparece entonces la voz en el canto de la malagueña, en el de una imprecisa saeta, o apenas en un íntimo murmullo, que no puede renunciar a exclamar desde lo más hondo del corazón:

«¡Madre! Te traigo una candelera para alumbrar tu llanto; candelera de pura cera para iluminar el dolor más incólume, más quedo; el dolor de tu soledad».

Un símbolo indiscutible de esta Semana Santa en Vegueta y Triana lo encontramos cada año cuando, en el mismo pórtico catedralicio, un Cristo coronado de espinas en su cruz, el Cristo de la Sala Capitular, apenas momentos antes de la hora crucial, espera la llegada de su amantísima Madre, la Dolorosa de la Catedral, esa talla lujanera que ahora cumple doscientos años desde que fuera modelada por encargo del Deán Toledo. Un Cristo ungido, en toda su majestad, por la elegante esbeltez y el natural esplendor de la palmera canaria.

Y es que la mañana de Viernes Santo, como señala un antiguo texto, pese a su limpia y brillante luminosidad atlántica, realzada en el espejo blanco de la mantilla isleña, «no es más que un túnel donde los vientos soplan al compás de un llanto que anunciará que el Hijo de Dios ha muerto». El velo del templo se quiebra en señal de dolor, las campanas del barrio enmudecen en toda su grave solemnidad, Vegueta y Triana son rincones de emociones de siglos, una calle larga en la que año tras año procesiona una isleñísima Dolorosa, bajo más de una advocación. Por eso, al contemplarla, como la mayoría, yo le diría:

«Virgen de los Dolores no me llores, que tu llanto es mi condena en esta tarde de Viernes Santo, ¡Ay! No me llores mi Genovesa del alma».

Pero con la Semana Santa nos encontramos también en el tiempo en el que la música, el compás inalterable de las marchas procesionales, el quejido hondo de saetas, malagueñas y folías, de trompetas dolorosas no se escucha, sino que apenas se oye, se insinúa esplendorosamente entre repiqueteos de campanillas, al fondo de un callejón vegueteño en la magnificencia de su estrechez.

Y en las horas cumbres de este recordatorio laspalmeño de la Pasión, al llegar el procesionar a la antigua Plaza de San Bernardo, el sagrado túmulo acalla cualquier murmullo. A la tenue luz de tus velones, con el silencio roto sólo por el paso arrastrado de su marcha a la funerala de los guardias civiles que dan escolta solemne a tu trono, ante tu sagrada imagen en el sepulcro, el que diseñó el pintor Manuel Ponce de León y

procesionó por primera vez por las calles trianeras en 1873, como el poeta José Luis Hurtado de Mendoza, me pregunto, todos nos preguntamos una y otra vez: «Si cayere de nuevo ¿a quién, Dios muerto, pediré ser de nuevo perdonado». A Ti Señor, a Ti, porque si ahora exánime y por tierra te contemplo, dejando en soledad las penas mías, Tu palabra me dijo que la aurora vendrá tras de la noche y que Tu templo volverá a levantarse a los tres días».

Y luego, de nuevo, una Dolorosa en la plenitud de su soledad, que prosigue por las calles trianeras en pos de su retiro, con el dolor cuajado de llanto en su rostro sin par. Y todos te miramos y parecemos decir a voz en grito, o en el canto de unas malagueñas: « se ve, Señora, que le has visto!; ¡Cómo se ve que sabes que ha muerto!; ¡Cómo se ve que te has quedado sola!».

Sábado de Gloria. Domingo de Resurrección. Paz en las calles, espera en las almas. El Resucitado ya nos llega con su triunfo sobre el pecado, sobre la muerte, sobre las tinieblas que empañan de miserias el alma de la humanidad. Y en esa intensidad debemos buscar el origen y el fin de todo ello, de todo lo que se ha revivido en estos días por las calles de Vegueta y Triana, sin miedo alguno, porque, como señala San Mateo, «sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, porque ha resucitado, como dijo».

Así transcurre, año tras año, siglo tras siglo, nuestra Semana Santa insular en estos viejos barrios de Vegueta y Triana. Cada día es una plegaria, una expresión de fe del pueblo que la vive y la siente, como la vivieron y sintieron sus padres y sus abuelos, y como están seguros que la vivirán sus hijos y sus nietos. Pero cada día es también una campana que tañe a tradición, a antiguas costumbres, a un carácter y un ambiente que hacen de esta Semana Santa un exponente de arraigada canariedad.

La crónica de nuestra Semana Santa, que incluso como crónica debería ser mucho más extensa, podría convertirse en una verdadera lección de historia cuajada de nombres, fechas, datos, referencias artísticas, literarias o musicales. Pero ésta desea ser sólo la crónica, un pequeño apunte de un ambiente, de un carácter, de un estilo propio y arraigado que define a unos barrios y a sus gentes, a unas costumbres y a unas tradiciones que hacen muy laspalmeña la expresión de algo tan universal como la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

(2005)



Nuestro Padre Jesús de la Salud, obra de José Paz Vélez estrenada en 1985, y cofrades de su hermandad en la estación de penitencia a la Catedral, en la noche del Domingo de Ramos por las calles de Vegueta.





«La Esperanza de Vegueta», imagen de María que es la misma que antiguamente acompañaba el Martes Santo al «Señor de la Columna», y que se la denominaba «Nuestra Señora de las Misericordias», obra traída de Sevilla por el presbítero Don Tomás Antonio de Quevedo y Alvarado, según se consigna en su testamento, otorgado el 5 marzo de 1804, encontrado por Sebastián Jiménez Sánchez en el Archivo Histórico Provincial.

«**ESPERANZA DE VEGUETA**».

Un requiebro detiene la tarde,
enmudece gargantas
que al unísono
 quieren gritar
¡Guapa!, ¡Esperanza!
 ¡Esperanza de Vegueta!

Calla, calla,
enmudece como el nazareno
que ya viene la Virgen,
 que María de la Esperanza
paso a paso, muy despacito,
bajo los laureles de Santo Domingo,
quiere escuchar
 a Jesús de la Salud
rezar desde su profundo silencio.

Tarde de procesión;
redobla el tambor, quejidos del clarinete,
calle a calle,
esquina tras esquina,
 dulcemente mecida
en la alegre contrición de sus costaleros,
camina María de la Esperanza
 ¡Esperanza de Vegueta!
Ya tañe inquieta la campana
 ¡campana de Vegueta!
al mar y a los riscos,
al corazón de tus hijos,
señala la aflicción de un encuentro
en el pórtico de Santa Ana.

Salvia de la Gran Canaria,
desde tu austero esplendor,
en el requiebro cálido que besa
tus pétalos de papel,
enciendes el rostro,
 que es rostro de esperanza,
de esta Madre
que entre aplausos, saetas y folías
a un golpe del capataz
al cielo se alza.

Salvia de Esperanza,
entre cirios y varales,
entre penas y alegrías,
bajo un palio de palmeras,
ya viene en procesión
María de la Esperanza,
 ¡Esperanza de Vegueta!.

22 de Marzo de 1996



María Santísima de los Dolores de Triana que, desde los últimos años del s. XX, sale de la parroquia de San Bernardo, en San Telmo, cada Miércoles Santo para procesionar por las calles de Triana.

A LA DOLOROSA DE TRIANA

Antigua ermita de los marineros,
oración de los mareantes,
remanso y sosiego para el alma aturdida
en las tardes de la semana de pasión.

¡Ermita de San Telmo!
Tu puerta chiquita, siempre callada,
cada Miércoles Santo
clama a todos los vientos del Atlántico
que ya viene saliendo,
que ya en la calle está
con su pañuelo de lágrimas,
con su rostro sereno, bellissimo,
Nuestra Madre de los Dolores,
¡Dolores de Triana!

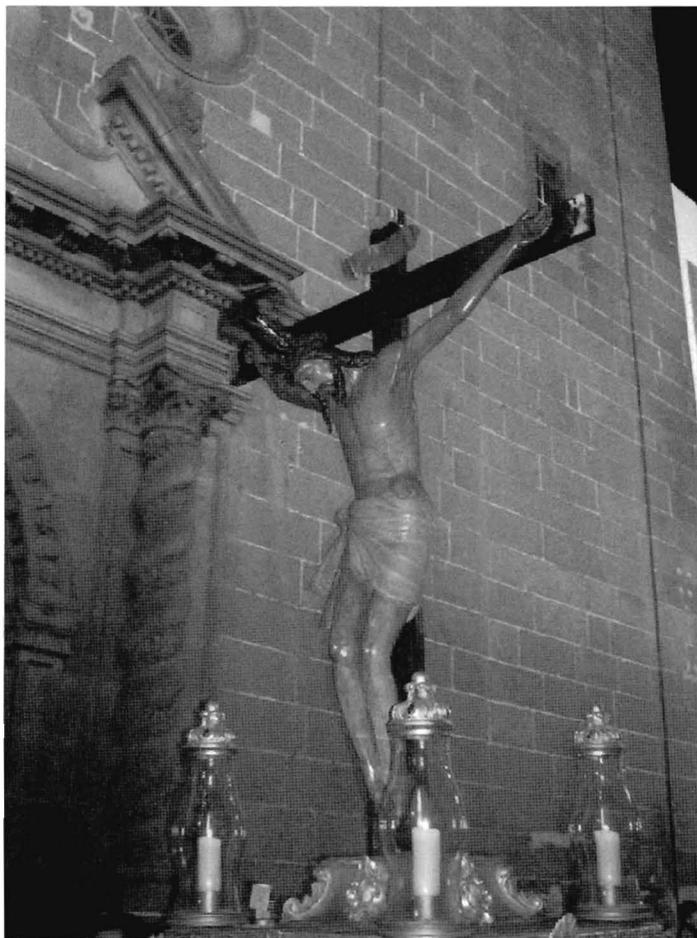
«EL SILENCIO DE VEGUETA»

Poema al Cristo del Buen Fin.

Silencio de Vegueta,
madrugada sin horas,
silencio en el rito
y hasta en el rezo,
silencio de siglos,
que el cofrade,
silencioso y sin mediar palabra,
ha escogido el camino más corto,
pero el más difícil,
para soñar con ser digno de tu cruz;

¡Oh Cristo del Buen Fin!
Cuanto silencio escucho
cada madrugada de Viernes Santo
cuando a tu vera recorro
las calles de Vegueta.

Es el silencio del Miserere,
el de un sencillo paso
para el más sublime de los sacrificios;
silencio de farolillos,
silencio de la campana
que corta el procesionar cofrade;
silencio del orador sagrado,
cuyas palabras son dardos
en la inmensa noche de nuestros pecados.



El «Cristo del Buen Fin», ante la Iglesia de San Francisco de Borja, en su procesión de la madrugada del Viernes Santo.

¡Oh Padre mío!,
cuanto silencio en esta madrugada,
y en el sosiego de los hombres,
enmudecidos en su vileza,
se escucha, más claro que nunca,

Tu mensaje eterno;
Tu voz,
Tu diáfana voz,
voz que no requiere palabra;
voz, que un año más,
nos habla de amor, de piedad, de paz;
y nosotros, pecadores,
un año más, que no te hacemos caso.

¡Cristo del Buen Fin
eres la más diáfana de las claridades
en la honda madrugada de nuestras vidas!.

Cofrades de la madrugada,
apóstoles de la única luz que alumbraba el mundo,
las Calles de Vegueta,
cada medianoche del Jueves al Viernes Santo,
se trocan en un sugerente camino
hacia ese Cristo Moreno que,
en su Cruz,
nos habla desde el más elocuente de los silencios.

Cristo del Buen Fin,
hoy junto a tu altar,
en la canarísima ermita del Espíritu Santo,
yo también quiero escucharte en silencio,
pedirte perdón por la pasión puesta
en cada una de las palabras de este pregón,
en cada uno de los versos

de este humilde pregonero
que sólo quiere llamar a todos
a contemplar tu rostro sereno,
a caminar, un año más,
por las calles silentes
de la madrugada vegueteña,
y a escuchar el más hermoso de los pregones:
¡EL DE TU SILENCIO!

¡Cristo del Buen Fin!
En la profundidad de la noche,
en la serena quietud,
que no rasga ni la campana catedralicia,
Tu si que eres el auténtico
¡SILENCIO DE VEGUETA!

De su Pregón, pronunciado el 26 de marzo de 1998.

NUESTRO PADRE JESÚS DEL ENCUENTRO

Hondo dolor, Padre mío, tengo en el cuerpo
de tanto verte arrastrar ese madero.
¿Qué daría yo al mirarte,
Señor de la Cruz a Cuestas,
para aliviar tu sufrimiento
con los amores de mi pena?

Quiero caminar con los versos
que me hagan Cirineo
por la calle más larga
de tu Miércoles Santo vegetero.

Quiero ser son de tambor ronco
al redoblar cada esquina
en el paso a paso del Nazareno,
para cantar susurrante
la gloria de este Jesús del Encuentro.

Quiero mirarle quieto y parado
sangrante, sudoroso y cansado
al pie de la torre catedralina,
que el mismo atardecer ya adivina
como sin queja alguna camina.

Quiero, en el blanco lienzo de lino,
sentir como propias las marcas de ese camino;
que para tu rostro de dolor sereno
se hacen pocos
mil reflejos de sol isleño.

A rezarte entre campanas
viene tu barrio a Santa Ana;
que hincado, bajo el peso de la Cruz,
con la mirada erguida a todos bendices
¡Cristo de la Caída!

¡Mas despacio ese tramo!
¡Mas despacio, costalero!
que tengo que rezarle, que quiero cantarle;
que Jesús con la Cruz a Cuestas
ya bendice a Vegueta... a Gran Canaria toda.

Primorosa está la noche
de tanto repicarle a los cielos.
Y Tú, Señor del Gran Poder de la Cruz,
al mirar sosegadamente a tus isleños
eres el mejor amigo a través de todos los caminos.

Padre mío veguetero
al no sentir tu paso doliente,
en un instante
sentí un gran dolor hiriente,
lo más triste a la puerta misma de Tú convento.

Cristo de la Caída
antes que se ponga el sol
quiero pregonar mi homenaje
por plazuelas y callejones
de esta Jerusalén laspalmeña,

donde la brisa atlántica silente
arrulla melancólica este camino de pasión
y yo ¡pregono tu amor!

Luján te dio su impronta
Vegueta te dio su luz.
Gran Canaria, de palmas, puso una alfombra
al paso de tu Cruz.

Canten las campanas al mar y a la cumbre
que mecen el paso de tus “palanquines”,
los cirios son estrellas en el firmamento de estos
antiguos barrios
donde paso a paso, a través de los siglos,
por Santo Domingo viene
Nuestro Padre Jesús del Encuentro.

ÍNDICE.

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	13
JOSÉ MIGUEL ALZOLA	19
BARTOLOMÉ CAIRASCO DE FIGUEROA	27
ISIDORO ROMERO Y CEBALLOS	33
LESCO. (SEUDÓNIMO)	35
DOMINGO JOSÉ NIAVARRO Y PASTRANA	37
ANTONIO ACASO Y OROZCO	39
JOSÉ M. ROMERO Y QUEVEDO	43
JOSÉ MARRERO	47
¡¡RESURREXIT!!	51
TOMÁS MORALES	57
ALONSO QUESADA	61
SAULO TORÓN	63

LUIS BENÍTEZ INGLOTT	67
IGNACIA DE LARA	69
JOSEFINA DE LA TORRE	75
DOMINGO DORESTE FRAY LESCO	77
CHONA MADERA	83
CLAUDIO DE LA TORRE	87
TOMÁS VENTURA. (CANÓNIGO DOCTORAL)	89
VICENTE JIMÉNEZ HERNÁNDEZ	91
IGNACIO QUINTANA MARRERO	93
MARIANO HERNÁNDEZ ROMERO	99
LUIS DORESTE SILVA	101
MARÍA DEL CARMEN BARBER	105
ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO	107
JOSÉ MARÍA MILLARES SALL	109
JOAQUÍN ARTILES. CATEDRÁTICO	117
LUIS GARCÍA DE VEGUETA.....	121
MARÍA DEL CARMEN FRAGA GONZÁLEZ	125
FRANCISCO MORALES PADRÓN	127
JUAN JOSÉ LAFORET	129

Este libro
se terminó de
imprimir el Viernes
14 de marzo de 2008,
«Viernes de Dolores»



Juan José Laforet

Doctor en Ciencias de la Información, en Historia del Periodismo, Técnico Superior en Protocolo de Estado e Internacional, profesor e investigador, Cronista Oficial de Las Palmas de Gran Canaria, Académico correspondiente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Vicedirector de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria, Socio Diplomado de El Museo Canario, está en posesión de la Cruz de Oro de San Juan Evangelista, impuesta en la Real Academia Española de Jurisprudencia y Legislación en reconocimiento a sus méritos en el ámbito del protocolo y la comunicación.

Autor de numerosos artículos sobre la Semana Santa en Las Palmas de Gran Canaria, así como del libro "Crónicas y Estampas de la Semana Santa laspalmeña" (....), ha pronunciado varios pregones de Semana Santa en esta ciudad, como el Pregón de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de la Esperanza de Vegueta, en 1985 y en 2002, el del Cristo del Buen Fin, en 1998, la conferencia a modo de Pregón en el Centro Comercial 7 Palmas, con motivo de la exposición sobre esta temática organizada en 2004, ó el Pregón de la Cofradía del Encuentro en febrero de 2008.

«Las Palmas de Gran Canaria instituyó, desde casi los tiempos de su fundación y a lo largo de sus cinco siglos de existencia, muy diversas ceremonias y festividades que, con el paso de los siglos, no sólo conllevaron la configuración de tradiciones, costumbres y usos propios y peculiares; sino que contribuyeron a definir, en buena medida, la idiosincrasia de sus vecinos, a la vez que solemnizaban y enriquecían la imagen de la ciudad ante sus propios habitantes y fuera de las fronteras de la isla.

(.....) Desde los primeros tiempos de nuestra ciudad, el centro histórico de la misma fue escenario de estas manifestaciones de religiosidad popular que, con el paso de los siglos, la evolución de los estilos artísticos, las modas y los usos cotidianos, fueron cambiando y asentándose en el acervo de las tradiciones populares más arraigadas. Se las puede juzgar de variopintas y múltiples, pues estas expresiones, junto al hecho estrictamente religioso, compendian una complejidad amplia de usos, costumbres, ritos, códigos artísticos, relaciones institucionales y sociales, expresiones artísticas, literarias y musicales, todo interaccionado en el seno de una cultura simbólica que ha incidido en la historia y en las tradiciones de Las Palmas de Gran Canaria».



**Ayuntamiento
de Las Palmas**
de Gran Canaria